



HENRI BRUNEL

La felicidad Zen

Los más bellos cuentos Zen

HENRY BRUNEL

La felicidad Zen

*Los más bellos
cuentos Zen*

Traducción
de
Jerónimo Sahagún

EL BARQUERO

Título original:

Le bonheur zen. Les plus beaux contes zen III.

© 2001, Calmann - Lévy, Paris

© 2004, de la presente edición,

José J. de Olañeta, Editor

Apartado 296. 07080 - Palma de Mallorca

ISBN: 84-9716-227-7

Depósito Legal: B-9656-2004

Impreso en Limpergraf, S.L. - Barcelona

Printed in Spain

*A la memoria de mi madre
A mis hijas, Aline y Cathie
A mis ocho nietos, Marc, Caroline, Frédérique, Chloé,
Émeline, Paul, Raphaëlle y Tiphaine.*

Advertencia

Este libro es un viaje espiritual.

A semejanza de los monjes peregrinos, que enseñaban la palabra zen, iré aquí según el viento, el humor y el tiempo.

Esta obra no toma el camino recto.

Vagabundea por aquí y por allá, recogiendo al azar de los caminos las hierbas de la sabiduría y las flores de la felicidad.

CUANDO EL ZEN ENTRÓ EN MI VIDA...

*¡Ese sapo! ¡Parece
Que vaya a eructar
Una nube!*

Issa (1763-1827)¹

Justo a la orilla de este libro, que cierra la trilogía de *Los más bellos cuentos zen*, quizá fuese útil enunciar quién soy, «quién habla», como se decía en los buenos tiempos de Mayo del 68. No voy a extender aquí la alfombra de mi existencia, sólo contaré uno o dos episodios. Practicaré lo mejor que pueda la litote, la fugacidad, la ternura zen, y también el humor, como es debido cuando se habla de uno mismo. Pero mejor que escuchéis...

Cuando el zen entró en mi vida, yo no pensaba mucho en él. Tenía yo treinta y cinco años, pelo negro, tez rosada, ojo claro y aspecto apuesto pese a aquel ligero michelín que me crecía en el vientre. No es que yo fuese un gran amante de las comilonas, pero sí es verdad que me desquitaba de los años de guerra y de mi famélica adolescencia. Tenía repentinos accesos de glotonería pastelera: tartas de fresa, de limón, pastelillos de crema con café, con chocolate, babas al ron, etc. Director de instituto en una subprefectura del sur de Francia, era a fin de cuentas un hombre feliz. Vivíamos

la época de los *sixties*, Brassens cantaba en el Olympia «La chanson pour l'Auvergnat», escuchábamos a Brel, y a Montand, y a Ferré, y a Ferrat. Yo iba en Dauphine, como todo el mundo. Todavía estaba De Gaulle...

Un atardecer, era el mes de marzo, llaman a mi puerta privada, la que no daba al patio del instituto. Abro y me encuentro al farmacéutico, amigo del club de ajedrez, con la cara seria.

«Pase, querido amigo, ¿qué ocurre?

— ¡Ah pobre amigo mío!»

Y sin desabrocharse el abrigo, se saca lentamente de debajo de él un papel cuidadosamente plegado.

«¿Qué me trae?

— Los resultados de su análisis de orina

— ¡Pero no tenía que haberse molestado!

— Oiga... Lo que usted tiene es muy serio. Con reserva de lo que puedan decir exámenes posteriores, es usted... ¡*diabético!*»

Me quedé callado. Finalmente, dije:

«Es una enfermedad de la que no sé nada; ¿es muy grave, se cura?

— ¡Es incurable!»

Y añadió enseguida:

«Pero en ciertas condiciones, puede vivir usted mucho tiempo...»

Le di las gracias. Me quedé solo, aturdido. Desde aquel instante, mi vida cambió.

Aparte de los medicamentos orales o de las inyecciones de insulina, el tratamiento de la diabetes es el «régimen». Después de que los exámenes pertinentes hubiesen confirmado mi estado de diabético, me entregaron solemnemen-

te el «régimen estándar». Leerlo era para hacer palidecer a los más animosos. Todos los días de mi vida, sin aflojar nunca, tendría que pesarme la comida: 150 gramos de pan; 200 gramos de hidratos de carbono, y suprimir los azúcares, en todas sus formas. Me pareció que la guerra, con todo su cortejo de restricciones, de cartillas de racionamiento, regresaba para mi uso exclusivo. Adiós para siempre a los pasteles, la confitura, y el chocolate que tanto me gustaba. Nada de pastas de almendra, ni la deliciosa angélica, ni helados de pistacho, ni pastillitos de crema de café, ni babas al ron, ni melocotones Melba... Ni flanes, ni arroz Marie-Louise, ni el que preparaba mamá en la cocina de mi infancia, con el dulce canto del fuego de leña. Descartados: los licores (adoraba el Cointreau de mis tierras angevinas), el Marie Brizard, los anises y los vinos rosados, los vinos dulces y todos los alcoholes. Adiós a los platos cocidos a fuego lento, al cuscús, a las fabadas, al buey borgoñón, a la ternera Marengo, a aquellas salsas que me volvían loco. ¡Adiós, adiós, adiós... a todos mis amores gustativos! Se terminaron las cenas con amigos, los ágapes familiares, las comilonas distendidas. A partir de aquel momento, en aquellos lugares de alegría, yo sería el aguafiestas, el bebedor de agua y el comedor de tallarines, que lo estropea todo, que apaga la alegría con sus humores agrios y sus oscuras envidias. «Un jodido de la boca», como me calificó un día un primo poco delicado.

El choque fue tan duro, tan espantoso, que estuve meditando sacarme de en medio. Lo pensé poco rato, por supuesto. Yo era cristiano, aunque un poco tibio, mis hijas eran todavía muy jóvenes, y yo tenía treinta y cinco años. Quería vivir. Me quedaban todavía tantas cosas por hacer, por decir, por construir. Pero, claro, vivir ¿cómo? ¿Qué

decisión debía tomar? Podía hacer trampas con el «régimen»: un poco de dulce por aquí, un poco de alcohol por allá, como hacen tantos hermanos y hermanas de enfermedad. Tras haberlo reflexionado, me negué a hacerlo. Seguramente por orgullo, decidí *querer* lo que se me imponía, acompañar a mi destino. ¡El privarme de manjares y golosinas sería mi desafío, mi aventura, mi hazaña, mi Annapurna! Sin vacilar, seguí casi al pie de la letra el «Régimen estándar». Adelgacé diez quilos en un mes. Mis amigos, a quienes ocultaba mi enfermedad, estaban asombrados:

«¿Vas a tomar un poco de tarta Tatin para complacer-nos?

— ¿Es que piensas meterte a monje? ¿Quieres ofenderme? ¿Te niegas a brindar conmigo?»

Yo me mantenía firme. Resistía a todo. Fanfarroneaba. Pretendía, en confusos discursos, que la comida es un peso del que hay que saber descargarse. Mis amigos, uno tras otro, me abandonaron. En verdad, estaba sumido en el desasosiego; a veces me encontraba desesperado.

Tenía que encontrar urgentemente una solución. «Cuando el discípulo está preparado, llega el maestro», dice el proverbio zen. Fue en aquel momento cuando, tomando lecciones de hatha yoga, empecé a iniciarme en los métodos y la sabiduría budista. Más tarde, entre las diversas ramificaciones del budismo, escogí la rama del Zen. El Zen: esa cuchilla desnuda, esa luz insolente y despiadada que me obligó a afrontar mi vida y me hizo volverme más abierto, más tolerante, más profundo en la fe cristiana de mi infancia. Vivir el Zen es ser lúcido, escoger entre lo que pasa y lo que permanece, es saborear la felicidad del presente y, cáscara de nuez en el océano de lo Absoluto, asentarse momento a momento en lo Eterno.

Por el momento, sin embargo, me sabía disminuido, miserable, y me encontraba alguna semejanza con el «sapo» del cuento...

El sapo verde

Había una vez un sapo jovencito, de apenas dos años, un adolescente. ¿Qué sabe uno a esa edad? Un pequeño anfibio de gracioso color verde y piel encantadoramente granulosa...

«¡Verrugosa! —masculla papá sapo— Seamos precisos, por favor...

— Hijo mío —dice vivamente mamá sapo—, créeme, eres guapo, el más adorable, el más galante, el príncipe encantador de entre todos los sapitos. Es verdad que no das saltos tan largos como tu prima la rana, pero tú eres más útil para el jardín; ¡estoy orgullosa de ti!»

Así cargado de confianza, el joven sapo salió un atardecer de verano de debajo de la gran piedra familiar y se fue a pasear. Alzaba con orgullo su plana cabeza, y miraba el mundo desconocido abriendo bien sus pesados párpados. Hacía calor, y el atardecer era agradable y hermoso. Una deliciosa muchachita se lo encontró en el paseo central de la alameda. Dio un grito:

«¡Que horror, un sapo!

— ¡Dios mío —dijo su madre— qué feo!»

Y lo apartó con el pie. Por reflejo, el joven sapo se cubrió de orina protectora.

«¡Es verdaderamente una criatura innoble!» exclamó la madre. Y se alejaron las dos resoplando de desagrado.

*

Esta parábola hace pensar en el maestro zen Eihei Dôgen, nacido en 1200 y muerto en 1253, fundador, en el Ja-

pón, de la célebre escuela de zen Sôtô. En su monumental obra (noventa y cinco volúmenes), que redactó de 1231 hasta 1253, en vísperas de su muerte, figura un pasaje inspirado en una de las cuatro virtudes brahmánicas: *Maha karuna*, que significa «la compasión por todos los seres vivos».

Este texto, titulado *Palabras de amor*, es uno de los escritos más bellos y esclarecedores de toda la literatura zen. Era justo y necesario que figurase al comienzo de esta obra sobre la felicidad zen.

Creo que si lo hubiese conocido, el sapito verde se hubiese sentido consolado...

Palabras de amor

Hablar de amor supone ante todo el sentir bondad en el fondo del corazón. En el mundo corriente, se pregunta por educación si los otros andan bien; en la vía zen, lo que se hace es desear en el fondo del corazón que los demás «anden bien». Se dirige uno a cada ser vivo con la bondad, la delicadeza y la ternura que se siente por un bebé. Eso son las *palabras de amor*.

Si encuentras un animal sin gracia, sin atractivo, si ves a un desgraciado, a un tullido, o quien sabe, a alguien malo, cruel, injusto, de inmediato formas en tu corazón este pensamiento: ¿cómo ayudarlo, cómo salvarlo? Hay que evitar que, ni siquiera por un momento, ni siquiera fugazmente, concibamos arrogancia, soberbia, burla, desprecio o repulsión. Lo que hay que hacer es despertar en nosotros la compasión, despertar el amor. Y si uno no siente de manera natural estos sentimientos, tiene que hacer que nazcan. Si no, no es uno fiel a los santos que nos han precedido, y se aleja de la Vía.

Las *palabras de amor* nacen en un corazón lleno de amor. Un corazón lleno de amor es la flor abierta de la

bondad. Las *palabras de amor* restablecen la paz entre los enemigos jurados, reconcilian a los grandes señores y estremecen hasta los mismos cielos².

Al poeta y monje zen Ryokan, de quien hablaremos mucho en este libro, le gustaba mucho este texto. Lo tenía junto a la cabecera de su cama. Lo tomó, lo completó y lo caligrafió incansablemente, y lo puso en práctica a lo largo de toda su vida.

Escribo estas líneas en el transcurso del invierno de 2000-2001. En este momento, un monje zen de Nueva York, con otros enseñantes de Zen, organiza «retiros callejeros» que consisten en compartir la vida de los vagabundos que no tienen domicilio. Sin arrogancia, ni soberbia, ni burla, ni desprecio, ni repulsión, persuadidos de que la vida es «una», sean cuales sean sus formas fugitivas, aplican y dan sentido aquí y ahora al hermoso texto de Dôgen.

EL SABOR DE LA FELICIDAD

La primera llamada

Toda aventura mística comienza con una llamada, con un encuentro. Escribe Pascal en los *Pensamientos*:

«Consuélate, dice el Señor, no me buscarías si no me hubieses encontrado»³.

Y es que ¿qué monje cristiano se comprometería para toda su vida en el celibato, la obediencia, la pobreza, la castidad, el silencio y el permanecer retirado del mundo, si no hubiese oído a la vera del camino la llamada del amor, si no hubiera conocido esa dulzura, ese deslumbramiento, si no hubiese sido fulminado por el «rayo de Dios»? Esta experiencia, incluso fugaz, le dejó el corazón nostálgico y hambriento.

Del mismo modo, al comienzo de la Vía, el monje zen suele experimentar el *kensho*, esa iluminación fugaz, pasajera, que dura lo que una chispa pero que le aporta la visión de lo esencial, del Sí, de la interdependencia de todos los seres. Hace nacer en él una sensación tan embriagadora de completa liberación, de alegría, de transparencia, de total comunión con el universo, que su recuerdo lo conservará durante los largos años de duro aprendizaje. Aquel que ha experimentado una vez el *kensho* conservará toda su vida la nostalgia de lo Absoluto, y, como un resto de sal en los labios, el sabor de la felicidad.

La felicidad es algo que uno mismo decide

En el pueblo, mi vecino Albert, vive un retiro apacible. Cuando le pregunto con amistad: «¿Por qué estás insatisfecho y te sientes desgraciado?», me responde: «¡No lo hago a propósito!». Pero ¿busca a propósito el ser feliz?

Escribía Sacha Guitry, graciosamente, en su libro de recuerdos:

«¡Nadie a mi alrededor, nunca, se ha dado cuenta de lo desgraciado que yo hubiera podido ser de haberlo querido!»⁴.

Ser desdichado es fácil. Basta esperar que la vida y los otros se plieguen a nuestros deseos, a nuestros caprichos, y quedar decepcionado si no lo hacen. Existen, por desgracia, sufrimientos testarudos, y penas que no pueden desarraigarse... Pero más a menudo de lo que se cree, ¡la felicidad «se decide»! Y quien decide ser feliz lo será, si es preciso, a base de nada. Una de las primeras lecciones del Zen es enseñarnos a recoger las pequeñas manchas de sol que encontramos en el camino.

He aquí un antiquísimo cuento indio, un tanto extraño, que viene a ilustrar lo que digo.

La leyenda de Sariputara

Hace ya eras y eras, al sur del Himalaya, en un país que hoy llamamos Nepal, vivía un joven y fiel discípulo de Buddha a quien llamaban Sariputara.

Una hermosa mañana de primavera, el discípulo, simplemente vestido con su túnica de monje y calzadas sus sandalias, acudía a la orilla del río. «Me encontraré más a gusto en la naturaleza para meditar y hacer *zazen* —se decía—. Con este día tan bonito, no tengo ganas de quedarme encerrado en la triste sala del convento».

El joven se instala entre flores, bajo el sauce de dulce sombra. Dobradas las piernas en la postura del loto, recto el torso, entrecerrados los ojos, las manos en el perineo (la derecha sobre la izquierda, según la tradición india), acompañada regularmente la respiración, Sariputara empieza su meditación. Pero pronto la cháchara de los pájaros, los peces en el agua clara, que distingue furtivamente entre los párpados bajados, hacen que se distraiga. «Es intolerable —se dice—. En estas condiciones no puedo meditar». Entonces decide suprimir radicalmente las causas de su disipación. «¡Estoy sentado en zazen perfecto, y esos estúpidos animales vienen a molestarme!» Movido por una justa ira, se levanta, mata los pájaros y los peces y, para desprenderse definitivamente de ellos, se los come. Luego recobra su postura. Pero apenas ha cerrado los ojos y concentrado el pensamiento cuando empieza a hacerle ruido el estómago y siente retortijones en las tripas. Ha comido demasiado; sigue sin poder meditar.

Y es que lo que nos perturba no son ni los pájaros ni los peces, dice el sabio zen, sino la manera en que los acogemos.

Basta cambiar la mirada

Un pintor honrado en la corte japonesa tenía dos gatos. Uno era un gran gato canela, un pedazo de animal, un monstruo, un gigante con las orejas repletas de cicatrices, tuerto de un ojo, y eso con unas zarpas enormes que incluso en reposo parecían cimitarras. ¡Algo espantoso! El otro era una gatita de color crema, con un morrito puntiagudo bordeado de blanco, inocentes ojos azules y colita de ardilla.

Aquella mañana, un amigo había acudido a visitar al pintor. Tras haber admirado sus obras más recientes, y una

antigua, el Fuji Yama con la cumbre cubierta de nieve, que él siempre contemplaba con deleite, advirtió por casualidad dos aberturas, una grande y otra pequeña, en la parte baja de la puerta del taller.

«¿De qué te sirven esas curiosas ventilaciones en la puerta? —Preguntó el amigo, divertido.

—Mira, es que tengo dos gatos», explicó el pintor, y describió detalladamente el carácter y los hábitos de sus dos animales domésticos.

Y concluyó:

«El agujero grande es para el gato canela, y el pequeño, para la gatita siamesa.

—Pero —dijo el amigo, riendo— ¿no te parece que la gatita pasaría fácilmente por el agujero grande?

—¡Es verdad! —exclamó el pintor— ¡Nunca se me había ocurrido!»

*

El maestro chino Shu Shan (926-993) tenía la costumbre de probar a sus nuevos discípulos del siguiente modo.

Levantaba su bastón de bambú y decía:

«Monje, si llamas a esto un bastón de bambú, lo encasillas en una palabra y no tienes la visión zen, que va más allá de las palabras y percibe lo invisible en lo visible, lo infinito en lo finito, y en toda cosa la Vía eterna. Pero si dices que no es un bastón de bambú, vas en contra de un hecho, niegas la realidad y vas errante por el mundo falso de lo ilusorio. Así pues, no puedes ni decir algo, ni no decir nada. O sea que ¿qué dices? ¿qué haces? ¡Responde rápido!»

Este enigma (este *koan*⁵) sólo tiene una solución: que surja una palabra o un acto que admita la realidad y al mismo tiempo vaya más allá de ella. Situado por el maestro Pai

Chang ante un dilema equivalente sobre una jarra, el monje Wei Chang, que más tarde se convertiría en maestro eminente, encontró enseguida la respuesta justa: volcó la jarra de una patada.

*

Había una vez un emperador que quería elegir para primer ministro a su súbdito más sabio y prudente. Tras una serie de pruebas difíciles, sólo quedaron en liza tres competidores:

«He aquí el último obstáculo, el último desafío, —les dijo—. Se os encerrará en una sala. La puerta tendrá una cerradura complicada y sólida. El primero que consiga salir será el elegido.»

Dos de los postulantes, que eran muy sabios, se pusieron enseguida a hacer arduos cálculos. Alineaban largas columnas de números, trazaban complicados esquemas, diagramas herméticos. De cuando en cuando, se levantaban, examinaban la cerradura con aire pensativo y regresaban suspirando a sus trabajos.

El tercero, sentado en una silla, no hacía nada. Meditaba. De repente, se levantó, fue a la puerta y giró el pomo: la puerta se abrió y él se fue.

*

Tres historias, tres relatos muy distintos, pero que nos dicen lo mismo. La solución está allí, evidente y simple. Para descubrirla, basta «cambiar la mirada». Puesto que siente vivamente el contraste, el pintor reconoce sonriente que no se le ocurrió hacerlos pasar por el mismo agujero. Rehén de las palabras, de la articulación del lenguaje, el

monje interrogado por el maestro no se atreve a ir más allá y echar la caña de bambú por la ventana. Los candidatos al puesto de Primer ministro se creen prisioneros, cuando en realidad son libres, siempre han sido libres. Imagen de los hombres, nos dice el Zen, que gimen presos de cadenas imaginarias. Somos libres y felices; para saberlo, y para vivirlo, basta *cambiar nuestra mirada*.

LA FELICIDAD CON LOS COLORES DEL ZEN

El justo y el malvado, el sabio y el insensato, el rico y el pobre, todos los hombres han soñado ser felices.

Occidente ha conocido a lo largo de los siglos el mito platónico de la Atlántida, el reino del preste Juan⁶, buscado en vano por Marco Polo, donde corrían arroyos de leche y miel. Tomás Moro⁷, en el siglo XVI, inventaba la Utopía, la isla feliz en la que se recogían oro y plata como si fuesen guijarros, donde cada cual trabajaba según su humor y sus gustos y cultivaba las bellas artes. Rabelais⁸, por la misma época, imaginaba la abadía de Thelema, donde jóvenes inteligentes y hermosos se iniciaban en la ciencia en libertad y alegría, lejos de disputas escolásticas.

Citemos además a Tomasso Campanella (1586-1639) y su Ciudad feliz, en la que los hombres viven fraternalmente en perpetua alegría, y a Francis Bacon (1561-1626), que describe la Nueva Atlántida. En esta isla, las costumbres son puras, y los habitantes suelen ser afortunados. Allí crecen plantas asombrosas, frutos maravillosos, y las máquinas evitan el trabajo de los hombres.

Estos sueños de felicidad son concretos. Prometen el paraíso en este mundo. La originalidad de todas las espiritualidades y de las grandes religiones —la budista, la hindú, la sintoísta, la judía, la cristiana y la musulmana— no está

en buscar la felicidad en un paraíso terreno, el confort material, la salud, la riqueza y la satisfacción de todos nuestros deseos, sino en buscarla en una vía insólita. Una felicidad paradójica que se llama desinterés, pobreza, dulzura, compasión, amor y búsqueda de lo Absoluto. En estos caminos escarpados es donde se encuentra, insolente, luminosa, modesta y libre, la felicidad con los colores del Zen.

La «felicidad paradójica» no depende de las condiciones materiales, sino que suele corresponder a los pobres, a los bondadosos, a los perseguidos por la justicia, a todos aquellos que exhiben todos los signos de la desdicha. Así aparece en el Sermón de la Montaña (el Evangelio de las Bienaventuranzas, Mateo v, 3-16):

Bienaventurados los pobres de espíritu [...]

Bienaventurados los mansos [...]

Bienaventurados los que lloran [...]

[...]

Bienaventurados seréis cuando os injurien, y os persigan y digan con mentira toda clase de mal contra vosotros por mi causa. Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en los cielos...⁹

*

Las «bienaventuranzas», el portal por el que se entra en la Esperanza, dicen los teólogos cristianos. Sufrir hoy, durante este tiempo contado y fugaz de nuestra vida terrena, y creer en la recompensa eterna. «El rico que se complace en su riqueza ya ha tenido su consuelo aquí abajo —dice el Evangelio de Lucas, y añade:— *Insensato, esta misma noche se te va a pedir que devuelvas la vida...* »¹⁰

*

El Zen, que ha tomado del budismo sus hábitos de sabiduría, ilustra esa felicidad en esperanza, esa «felicidad paradójica», con colores originales. En mi progreso personal, ha hecho más legible el avance que poco a poco, gracias al eclipsamiento del «ego», debe conducir a la felicidad que no pasa... Pero hay que estar atento y ser prudente. Un «ego» frustrado, mutilado, es un grillete con pesada bola a la hora de avanzar en el camino. Quien pone las miras en la realización espiritual debe conceder una justa satisfacción a sus deseos fundamentales o, si no puede, tomarse el tiempo de tranquilizar a su «ego», de escuchar su grito. Hablar, de entrada, de juego de sacrificios y renunciaciones, es hablar a la ligera. No por aplastar la oruga se facilita la eclosión de la mariposa. Cuenta a este respecto Arnaud Desjardins una sabrosa anécdota que cito de memoria¹¹.

Había una vez un monje joven que iba por los caminos a mendigar su arroz de cada día, desnudos los pies en las sandalias y bol en mano. Era un monje serio, preocupado por obrar bien. Y resultó que una noche, de vuelta a la comunidad, corrió a ver al maestro con el corazón sumido en el desasosiego:

«¡Maestro, me corroe un deseo indigno, aconsejádme, ayudadme!

—Habla— dice el maestro, mirando al joven novicio con compasión.

—Resulta que todos los días, cuando voy a mendigar, paso frente al vendedor de *rasgulas* [unos pasteles bengalíes muy dulces, bañados en jarabe], y ¡me gustaría tanto comerme alguno que ya no pienso más que en eso! —terminó el monje bajando la cabeza.

—Bueno —dijo el maestro, impasible, y dándole al joven novicio cuatro *anas*, le dice: —¡Anda y cómprate unos cuantos rasgulas, y te los comes a mi salud!»

Asombrado, el novicio se mete en el bolsillo la moneda y se retira. Pasan los días. Una noche, el maestro manda llamar al novicio :

«A ver, Jahand, ¿te regalaste con los rasgulas?

—Bueno, maestro, sí... me parece.

—¿Cómo que te parece? ¿No te hizo feliz comer lo que te apetecía desde hacía tanto tiempo?

—Bueno, maestro, me daba un poco de vergüenza, un monje comiendo rasgulas, no era muy digno, no... »

Entonces el maestro comprendió que el corazón de su discípulo no había quedado satisfecho, que seguía allí, agazapado en su fondo, como un obstáculo en el camino espiritual.

Le dio al joven monje otra moneda de cuatro *anas*.

«¡Quiero que vayas —le dijo— y comas rasgulas en presencia del cielo, que los saborees largo rato, que los encuentres exquisitos, quiero que hagas eso en honor del ashram, como homenaje a Buddha, como acto sagrado!»

Así lo hizo el discípulo. Y el deseo perfectamente satisfecho cayó como una piel tras la muda. Entonces el joven monje quedó libre, y se abrió ante él el camino del Despertar.

*

Sea cual sea el camino espiritual de una o otra religión, de una u otra sabiduría, la felicidad de la que hablan es prometida a los humildes de corazón, a los mansos, a los generosos, a los compasivos. No es ofrecida a los que buscan simplemente la riqueza, la gloria, el poder, el placer. Es una felicidad inverosímil, aporética, paradójica. Y sin embargo, esa felicidad a contracorriente, incomprendida por el mundo, que lo deja estupefacto y a veces lo escandaliza, co-

mienza aquí y ahora, en esta vida humana. He visto sufíes felices con una rosa y el Corán, judíos hasídicos con la Biblia como único argumento, y monjes cartujos que ayunan seis meses al año, se levantan por la noche para tres horas de oraciones y viven en el silencio y la soledad de su celda.

La dicha Zen, por su parte, no es ni de aquí ni del más allá; no está ni en lo inmediato ni en la esperanza. Beatitud fuera de las fronteras, alegría sin definición, sin palabras. Una lámpara interior cuya llama nunca vacila ni tiembla, ni se extingue. Así como un marino perdido confía en la estrella polar para reconocer su rumbo, así el monje zen se vuelve hacia su naturaleza esencial, hace que se rompan las formas ilusorias, toma conciencia y despierta.

VIVIR CON GRACIA

A veces, en los lejanos días de mi infancia, regresaba de la escuela exclamando: «¡Papá, mamá! ¡He cambiado todas mis bolas, incluso la de ágata, por una goma de borrar!»

Mamá decía:

«¡Este niño es de una ingenuidad insoportable! Se deja engatusar por todos sus compañeros. ¡Una bolsa de bolas por una goma! ¡Uf...!»

Mi padre, viejo hidalguelo rural con chaqueta de pana raída, replicaba:

«Un asunto en el que no se pierda un poco no es digno de un noble. Considero que trocar una bolsa llena de bolas, con una maravillosa, de ágata, por una goma de borrar es conducirse con elegancia; es conforme con el honor. ¡A eso se le llama: vivir con gracia!»

Mi madre esbozaba una sonrisa y nos miraba a mi padre y a mí con indulgente ternura.

*

En el comienzo de los tiempos, cuenta la leyenda india, había tres grandes Dioses: Brahma, Shiva y Vishnu. Un día, uno de los primeros hombres que aparecieron en la tie-

rra quiso saber cuál era el carácter de aquellos dioses, y en cierto modo ponerlos a prueba. Se acercó a Brahma y le habló así:

«¡Brahma! —dijo con insolencia— ¡No eres más que un diosillo de pacotilla!»

El dios, con tono severo, le recordó su deber de respeto. Aceptó sus excusas y lo perdonó.

El hombre se fue a ver a Shiva:

«¡Shiva, no eres más que un dios insignificante. ¡Me inquietas lo mismo que un comino!»

El dios rugió de cólera; daba miedo verlo. Advirtió al desdichado de que iba a reducirlo a cenizas de inmediato, y el hombre tuvo que deshacerse en humildes excusas rápidamente para escapar al castigo.

Finalmente, el hombre fue a ver a Vishnu. Éste dormía apaciblemente bajo un árbol. Una idea descabellada cruzó la mente del hombre. Asestó al dios una gran patada en las piernas: este último despertó, miró al hombre, que estaba temblando, y dijo:

«Amigo, ¿te has hecho daño?»

Y le dio un masaje en el pie.

*

El desinterés del escolar y la infinita paciencia del dios Vishnu ilustran esta frase: «Vivir con gracia». Pero la generosidad y la gran bondad no excluyen el discernimiento. La elegancia del corazón no es sinónimo de necedad. La felicidad zen exige algo de razón, de sabiduría. Hay un cuento tibetano que ilustra esta verdad.

Sacar del agua la luna

Había una vez un bosque grande y hermoso en el que vivía en paz todo un pueblo de monos. Aquella tarde, en el inmenso lago que había en medio del bosque, se reflejaba una luna llena redonda y clara. Era una noche de verano y un ligero viento esparcía en el aire un delicioso aroma de flores silvestres.

Entonces, un gran mono bajó precipitadamente de su rama y se puso a llamar a sus congéneres:

«¡Hermanos menores, hermanos menores, acaba de producirse una catástrofe abominable!»

Acudieron siete u ocho monitos, asustados:

«¿Qué pasa, hermano mayor, qué pasa?»

—¡Venid conmigo!», ordenó el mono grande.

Los monitos lo siguieron con el corazón sobrecogido por la angustia. Finalmente, llegaron al borde del gran lago que había en medio de la espesura. Se congregaron en las ramas de un árbol y el mono mayor exclamó:

«¡Ay de nosotros, hermanos, fijaos, la luna se ha caído al agua, y se va a ahogar!»

—¡Ay! —dijo un monito, cortesano apresurado—
¡Ay, ay, a partir de ahora reinarán sobre el mundo las tinieblas!

—¡Cuando busque a mamá, por la noche, ya no voy a encontrarla en la oscuridad!», se lamentaba el más pequeño de todos.

Tomó entonces la palabra el mono mayor:

«Pensad, hermanos, en las liebres, los conejos, las nutrias, las comadrejas y ratones almizcleros, en todos los habitantes del bosque que ya no tendrán la claridad de la luna para guiarse. ¡La virtud, y la simple bondad, nos ordenan ayudarlos!»

—¿Qué hay que hacer? —preguntó el monito que tenía miedo de no encontrar a su mamá en la oscuridad.

—¡Vamos a sacar del agua la luna!»

Un silencio respetuoso acogió aquellas palabras.

«He aquí cómo vamos a proceder, ordenó el mono mayor. Yo me colgaré de esa rama, dejaré colgar la cola, y vosotros os agarráis a continuación, uno debajo del otro hasta que el último roce el agua y pueda sacar del agua a la luna»

Todo el mundo obedeció. En el momento de empezar a bajar el último, el monito que tenía miedo de no encontrar a su mamá en la oscuridad, exclamó:

«¡Hermano mayor, la rama de la que estás colgado empieza a crujir, tengo miedo de que se rompa!

—¡Cobarde, miedoso! —se enfureció el mono mayor— ¡Ve a colocarte en tu lugar sin excusarte con falsos pretextos!»

Los monos, que ya estaban agarrados el uno a la cola del otro y que encontraban muy incómoda la postura, le hicieron coro:

«¡Cobarde, gallina! ¡Ve a ocupar tu lugar sin ponerte a vacilar!»

El monito, ante aquel escándalo, bajó; llegado junto al agua, alargó el brazo y, en el momento en que iba a agarrar la luna, se rompió la rama; y ¡zas! cayeron todos al agua y murieron ahogados.

*

El olvido de sí mismo, la generosidad, la paciencia, la bondad, el deseo de servir al prójimo con un mínimo de razón y de sabiduría, todas esas cualidades son valiosísimas para «vivir con gracia». Pero a veces basta con acoger el

presente en la serenidad, tomar conciencia de la gota de cristal del instante. De ello da fe la siguiente anécdota...

Un lunes de octubre, llovía desde el amanecer. Era una lluvia continua, tenue e inexorable. El cielo era negro. Mi jardín, bajo sus grandes árboles, robles, abedules, arces, se estaba anegando. Yo no soy un intelectual a jornada completa, ni un coleccionista de cuentos zen perpetuo (como el secretario de la academia), y ni siquiera en permanencia un sabio. O sea, que me aburría. Encendí la tele alrededor de mediodía y descubrí en un canal una pintoresca emisión titulada *Les Z'amours* (Los Samores). La miré. Tres parejas jóvenes y simpáticas se enfrentaban. ¿El objeto del juego? Designar qué pareja, de las tres, se conocía mejor. Ejemplo:

«Jean, ¿qué clase de música prefiere tu amiga Sophie: el jazz, la música clásica o el rap?»

De modo que yo seguía la emisión con mirada divertida y algo distante, cuando de repente di un brinco. El presentador acababa de plantear una cuestión abierta: «¿Qué expresión familiar emplea más a menudo tu amigo?». La chica interpelada, aprendiz de actriz, hombros, brazos y piernas bien a la vista, deliciosa, ondulante y, cualidad exquisita y rara, ruborizándose cada dos por tres, respondió: «¡A lo zen!». Me quedé de piedra. «¿A lo zen?». Me fijé en la pareja, ahora reunida. Al lado de la graciosa Ophélie estaba un joven apuesto, un Alphonse Daudet del año 2000, con ese rostro fino y puntiagudo, romántico, con esa raya en medio que separaba el pelo ensortijado. ¡«A lo zen»! ¿Qué venía a hacer el zen a mediodía, en la tele, en un programa de entretenimiento? Pero comprendí que, para ellos, «a lo zen» significaba que acogerían la vida sin demasiado estrés, simplemente, día tras día, «tranquilo», como decían

ellos. Eso no era el Zen, claro, pero enseñaba ya la oreja en esa sabiduría en lo cotidiano. Y si bien aquello no era el Zen, espiritualidad luminosa entre las más elevadas de la humanidad, sí era ya «vivir con gracia».

No puedo terminar este viaje errático e inusual al país del Zen sin evocar el relato tradicional en el que Buddha muestra de manera inimitable como habría tanto que vivir, como que envejecer, como que morir, con gracia.

Por aquel entonces, en el siglo VI antes de nuestra era, Siddharta, a quien también se llama Gautama, o Shakyamuni, o incluso el Despierto (Buddha), cumplía los ochenta y un años. Desde su primer discurso en el parque de las gacelas de Sarnath, cerca de Benarés, hasta aquel día en que se instaló bajo la higuera del eterno regreso, han pasado sesenta años; ahora, Buddha es anciano.

«Edad propecta aquí estamos; y nuestros pasos de hombres hacia la salida. Se acabó el almacenar, ahora es hora de aventar y hacer honor a tu era. Edad propecta aquí estamos. Toma las medidas del corazón del hombre»¹², escribe de manera soberbia Saint-John Perse.

Pero Buddha...

Tantos días y más días caminando por el polvo y el barro de los caminos. Invierno, verano. Días sin fin enseñando, practicando, predicando, respondiendo con paciencia las preguntas de sus discípulos... sin fin; sin fin. Aquella noche, Buddha, instalado en la familiar postura del loto, bajo la higuera, el árbol del eterno regreso, no dice nada. En la inmensa multitud, cada uno percibe que se prepara un acontecimiento solemne. El Bendito va a abandonar su envoltura mortal; el Bendito va a abandonar a los suyos.

Entonces se levanta Ananda, el discípulo preferido:

«Maestro —dice—, hace sesenta años que nos hablas, que nos guías; ¡explícanos cuál es el sentido de tus enseñanzas, dinos tu secreto!»

Buddha, sentado en la postura del loto, bajo la luna, permanece callado. Un silencio tenso se prolonga. Cinco mil personas contienen el aliento. Buddha, en un gesto muy lento, coge una flor, una simple flor del campo. La toma delicadamente entre el pulgar y el índice, y la hace girar suavemente. Entonces sonrío. Y todos los hombres y todas las mujeres de la inmensa multitud suspiran. El Despierto, Buddha, termina así el ciclo de sus renacimientos. Entra en la paz del eterno Atma¹³.

Annicca: la impermanencia. Todo se diluye, se borra, desaparece. Todas las formas se desvanecen, palidecen como la luz de nuestras bombillas con el sol de la mañana. Jugar al juego de la vida, pero sin confundir la pantalla con la película, lo eterno con lo efímero. Eso es «vivir con gracia».

LA COMPASIÓN

Diderot planteaba esta cuestión sobre el hombre: «¿Es bueno? ¿es malo?» y se cuidaba de pronunciarse. Es bueno, afirmaba Rousseau, la que lo ha pervertido es la sociedad. Es malo, replicaba Voltaire. El budismo zen cree firmemente en el «pequeño grano de compasión» enterrado en el corazón de los hombres. No hay más que ayudarlo a crecer, a florecer, y dará sus frutos.

El toro y los cien carros de piedras

Cuenta la leyenda que Shakyamuni, Buddha, nació en una de sus vidas anteriores en forma de ternero. Tratado con bondad y afecto por su amo, un noble brahmán, el novillo se convirtió en un toro poderoso y manso. Quiso recompensar a aquel santo varón y se le apareció en sueños:

«Amo —dijo respetuosamente—, propón un reto a tu vecino, el rico comerciante. Afirma ante él que seré capaz de tirar de cien carros llenos de piedras. ¡Apuesta en ello mil monedas de oro!»

El noble brahmán creía en los sueños. Se fue a ver al rico comerciante y le habló de aquel reto. El vecino pensó que el santo varón era tonto, o que estaba loco. Pero era un

hombre ávido y sin escrúpulos y aceptó, riéndose para sus adentros de la ingenuidad de aquel buen hombre.

El día convenido, el brahmán hizo cargar de piedras cien carros. Unció el toro y tomó las riendas. Estaba ansioso. Había puesto toda su fortuna en aquella apuesta, y exclamó:

«¡Tira, tira aunque para ello tengas que morir del esfuerzo; he apostado mil monedas de oro y no soy rico! ¡Tira!» aullaba, y azotaba cruelmente al animal.

Vibraban los poderosos hombros del toro, pero parecía clavado al suelo, y los carros no se movieron.

«¡Maldito eunuco! ¡Voy a hacer que te degüellen, y dejaré tu carroña a los buitres!»

No consiguió nada. Los cien carros no avanzaron ni una pulgada. El brahmán perdió la apuesta. Dio mil monedas de oro al comerciante, que se burlaba abiertamente de él. Arruinado y avergonzado, entró en su casa y se durmió en su pena.

Y aquella misma noche, se le apareció el toro de nuevo. Le habló así:

«La mansedumbre, la bondad y las palabras amables son más eficaces que las injurias y los golpes. Pregunta a la compasión que hay en el fondo de tu corazón, y ganarás tu apuesta. ¡Sube tu apuesta y propón esta vez a tu vecino dos mil monedas de oro!».

Al despertar a la mañana siguiente, el brahmán recordó su sueño. Vacilaba. «Sin duda voy a hacer el ridículo, se decía, pero estoy arruinado, y no tengo nada que perder. Después de todo, por qué no intentar este desafío...» El comerciante, al escucharlo, no se lo creía. «¡Este buen hombre, desde luego, es de lo más tonto —pensó—, pero allá él! Dos mil monedas de oro siempre se reciben bien».

Y aceptó el desafío.

El día señalado, llenaron cien carros con pesadas piedras. El comerciante verificó cuidadosamente que todos estaban llenos hasta los topes. El toro parecía alegre. Llevaba alrededor del cuello una guirnalda de flores, y aquella misma mañana le habían dado de comer arroz perfumado. Cuando dieron la señal de comenzar, el brahmán le susurró al oído:

«Toro amigo, querido Nida Visala, siempre te he tratado bien desde el gozoso día en que naciste. Te he alimentado de buena sémola, cuidado y protegido cuando no eras más que un ternerillo de patas vacilantes. Porque te tengo mucho afecto, mi corazón está lleno de compasión y amor por todos tus hermanos...»

Dicho esto, el brahmán se subió al primer carro, dio un chasquido con la lengua, y el toro, en un esfuerzo titánico... hizo temblar los cien carros y los arrastró durante doce metros.

*

La compasión —el amor bondadoso y el compartir los males del prójimo— es la más hermosa de las virtudes. Presenta un «carácter mágico», afirma el Dalai Lama¹⁴. El bebé al que le falta demasiado la «leche de la ternura humana» muere de sed. Ninguna educación da sus frutos sin comprensión, paciencia y afecto. Y el moribundo necesita que le den la mano. Somos animales sociales, dependemos los unos de los otros, tenemos necesidad de la bondad de los otros, de su amistad. Cuando me paseo por mi pueblo y encuentro un rostro hostil o indiferente, una nube oscurece mi jornada. Sonrío a todo el mundo, ofrezco a todos mi amor silencioso, incluso a aquellos que me vuelven la espalda. Y es que la compasión es una virtud que provoca el

eco. El bien que se hace a los otros nos es devuelto centuplicado. La *compasión*, afirma el Zen, es un atajo a la felicidad. Pero mejor que escuchéis esta historia...

La pareja de ancianos y las ardillas

Había una vez una pareja de ancianos campesinos que nunca habían tenido hijos. Vivían en el bosque. El hombre trenzaba sandalias y la mujer recogía madera. Eran pobres y estaban solos, y a menudo tristes. Una mañana, la mujer encontró cerca de su choza una comadreja, que tenía entre los dientes una ardillita que temblaba de miedo. La anciana ahuyentó a la comadreja con el bastón, recogió a la ardilla, la curó de sus heridas y, a la espera de que pudiera regresar al bosque otra vez, le traía piñas, bellotas, hayucos e incluso avellanas.

Con el paso de los días, la anciana pareja se fue encariñando con la ardillita. Era una señorita, una ricura de ardillita que era para comérsela. Tenía la cabeza estrecha y graciosa, con dos orejitas en lo alto que no paraban nunca, y dos ojos negros picarones. Pese a las heridas, se estaba moviendo continuamente. Hacía dar vueltas a gran velocidad las piñas para pelarlas, y su cola rojiza se alzaba como una oriflama, arrojando aquí y allí, en la mísera cabaña, relámpagos de fuego.

Cuando la señorita ardilla quedó curada, regresó al bosque. Pero no olvidó a sus benefactores. A la primavera siguiente, les presentó a sus hijos. Cuatro bolitas ciegas y ligeras que no pesaban ni diez gramos, pero ya dotadas de elegantes bigotes. Y al año siguiente volvió a hacer lo mismo. Su familia siempre era bien recibida en la cabaña, donde encontraban abundantes piñas, bellotas, hayu-

cos, avellanas e incluso, rara delicia, setas pequeñas. Así fueron pasando los años. Diez generaciones de ardillas eligieron el lugar por domicilio. Aquello era una fiesta perpetua de gritos gozosos, de brincos de colas rojas entremezcladas.

Llegó un año en que la mujer cayó enferma y ya no podía ir al bosque. El pobre viejo perdía las fuerzas y ya casi no tejía sandalias. Quedaron sumidos en la miseria. Las despreocupadas ardillas ya no encontraban a su disposición hayucos, bellotas ni avellanas. Entonces, poco a poco, fueron abandonando la cabaña. Adiós grititos agudos, adiós brincos y alegres escaladas por las paredes. La pareja de ancianos quedaron solos. Aquella mañana de invierno, contemplaban tristemente el manto blanco de la nieve que recubría el campo. No les quedaba nada que comer, y ya se resignaban. Entonces apareció una procesión de colitas rojas. Las ardillas regresaban. Pusieron a los pies de los ancianos espigas de arroz, doradas espigas de trigo, e incluso dos o tres raíces de ginseng. Con aquellas plantas y otras, de milagrosos efectos conocidos por las ardillas, la mujer preparó una tisana fortificante. Y los ancianos se salvaron.

*

La compasión reconoce una verdad simple. Todos los seres tienen derecho a la felicidad. Y la felicidad de cada uno depende estrechamente de la de los demás. Eso es verdad en el plano ecológico. Si se envenena al planeta en el Brasil, en los Estados Unidos o en Siberia, notaremos los efectos aquí. No pensar ni vivir más que para uno mismo conduce a perderlo todo. Los niños y los ancianos dependen totalmente de la ternura; y los adultos, más de lo que ellos creen. La compasión no es querer a los amigos y re-

chazar a los enemigos a las tinieblas exteriores, sino proyectar en ellos la ecuanimidad, el amor, la mágica ternura. Entonces «vendrá un día, un día de colores de naranja», dice el poeta. Entonces, como en el cuento, regresarán las ardillas y nos salvarán de la miseria o de la pena.

LA DESENVOLTURA

No es descaro, ni insolencia, ni desconsideración. No es indiferencia con respecto a las cosas humanas: el amor, la vida, la muerte; es un poner distancias, una especie de ligereza, un signo de libertad. La *disinvoltura*, la desenvoltura. El adepto zen sabe que todas las cosas son pasajeras, iguales en el orden del Ser. No juzga. No teme, no desea, no se hace ilusiones con nada. Acoge todas las cosas y a todos con infinita compasión. Usa el humor, y eso es una secreta señal de sabiduría. La «desenvoltura» es el portal de la felicidad zen.

Los dos monjes y la muchacha

—Dos monjes, uno joven y otro viejo, con su túnica azafrán, sus cráneos afeitados y pies descalzos en las sandalias, regresan al convento una hermosa noche de verano.

«Nuestra jornada ha sido larga y cansada, hermano Ushi —dice el más joven— pero hemos honrado a Buddha y mendigando hemos recogido nuestra ración de arroz y unas cuantas monedas de cobre. El maestro nos felicitará sin duda

—Sí... —dice distraídamente el monje de más edad, y añade con bondad:— No estés inquieto, hermano Toshiba, el maestro aprecia tu celo».

Los santos varones prosiguen su viaje en silencio. De repente, a la vuelta del camino, encuentran un río que les corta el paso. En la orilla, una joven seductora vestida con ropas caras está sentada sobre una gran piedra, y parece esperar ayuda. Ni rastro de barca ni de barquero. El monje de más edad, con sencillez, toma en brazos a la mujer y la hace pasar el río sin que se moje ni la punta de los zapatos. La deliciosa criatura se lo agradece sonriente y se va.

Los dos monjes prosiguen su camino. Silencio largo. De repente, el joven ya no puede más y exclama:

«¡Hermano Ushi! ¿Es que no sabes que la regla nos prohíbe estrictamente todo contacto y todo trato con las mujeres?»

El viejo sigue su camino sin responder.

«¡Hermano Ushi! —dice el monje joven, cada vez más irritado— ¿Cómo has podido llevar en brazos a una mujer bonita y perfumada, y hacerle cruzar el río?»

—Hermano Toshiibu —dice el monje viejo— ¿Es que aún sientes en tus brazos el peso de esa mujer? ¡Y eso que hace ya mucho rato que la hemos dejado atrás!»

Es un cuento que invita al silencio, y que incita a cierta sonrisa...

Pero ¿qué decir de este?

El monje que quería morir de pie

Resulta que por aquel entonces, cuenta la leyenda, había un monje llamado Ten Yingfeng, que antes de «pasar más allá de la pesadumbre» como todo hombre en este mundo, interrogó así a sus discípulos:

«Se ha visto a monjes morir acostados y sentados, pero ¿ha habido alguno que haya muerto de pie?»

—Sí», respondieron los discípulos.

Y nombraron al tercer patriarca, Seng-tsang, que murió de pie, con las manos cruzadas sobre el ombligo, el año 606, y también a Chilchen de Huanch, que murió en 906; dio siete pasos y murió en pleno impulso de su marcha...

«Muy bien —dijo Ten Yinfeng—. Y, que vosotros sepáis, ¿hay monjes que hayan muerto cabeza abajo?»

—No —dijeron los discípulos, asombrados—, ningún sabio, que sepamos nosotros, ha muerto nunca así.

—¡Ah!», dijo Ten Yinfeng.

Y entonces se puso cabeza abajo y murió así.

Cuando quisieron llevar al maestro a la pira funeraria, su insólita postura incomodó a todo el mundo. La hermana menor de Teng, una monja joven que asistía a los funerales, viendo el apuro de los monjes, apostrofó de este modo a su hermano:

«¡No cabe duda de que eras un santo —exclamó—, pero mira que llegas a molestar a la asamblea con tus excentricidades!»

Y de un empujón hizo caer el cadáver de su hermano, y eso permitió que lo llevaran sin dificultad al crematorio.

*

En los dulces años de la preguerra, cuando yo era niño, mi padre, que en 1916 había estado en la batalla de Verdún, solía hablarme de Clemenceau «el Tigre», un jefe de verdad, un hombre fuera de lo corriente...

«¿Sabes qué? —me decía— ¡Quería morir de pie!»

Y yo lo admiraba. ¡Ah! ¡Lo admiraba! Todavía no conocía este insolente cuento zen. Todavía ignoraba la sabiduría risueña, la libertad inigualada de la *disinvoltura*.

LA GRANDEZA DEL HOMBRE

*Abre el corazón del hombre;
Encontrarás un sol.*

Proverbio musulmán

El hombre no es ninguna bagatela. «¡El hombre es magnífico! ¡Suena... orgulloso, el hombre! Hay que respetarlo, no rebajarlo con nuestra lástima», escribe Gorki en *Los bajos fondos*. Por más que nos convenzamos de ello, cuando avanza la vejez por el horizonte, lo que Montaigne llama «la decrepitud», es imposible no sentir más pena o lástima que respeto.

«La decrepitud es cualidad solitaria [...] —escribe—. Si me parece razonable que yo me haga un ovillo y me recoja en mi caparazón, como las tortugas [...] ya va siendo hora de volverle la espalda a la compañía»¹⁵. Así lo hizo mi madre. Me parece estarla viendo, ocho días antes de su muerte. Tenía noventa y tres años. Yo iba a verla todos los días al hospital donde terminaba su vida, paralizada. Aquella mañana, cuando llegué, me volvió la espalda, obstinadamente. Su mirada azul, tan dulce, tan orgullosa, tan verdadera, no me la dio hasta más tarde, cuando supo que iba a morir el mismo día. Entonces supe que su rechazo a comunicar había sido para ella una forma de sabiduría, una forma de pre-

servar la grandeza del hombre. Y obscuramente, se lo agradecí. Mamá murió como cristiana de gran fe, y también como sabia zen, pues su alma era sumamente apacible y confiada. La última visión de ella que conservo en mi corazón es una sonrisa.

Crear en el hombre, en su dignidad, en su grandeza. Creer que, bajo los oropeles del egoísmo, de la cobardía y del miedo, el hombre está hecho a imagen de Dios. Creer que el hombre es heredero del Reino, como dicen las religiones cristianas, que ha recibido en herencia la «valiosísima vida humana», como la llaman los budistas. ¡Crear que no hay nada bajo el sol que valga lo que vale un hombre!

«El hombre no es más que un junco, lo más débil de la naturaleza; pero es un junco pensante [...] Aunque el universo lo aplastase, el hombre sería todavía más noble que él, pues sabe que muere, y de la ventaja que el universo tiene sobre él, el universo no sabe nada de ella» (Pascal).

Crear que el hombre lleva dentro de sí el Infinito, lo Absoluto. Bajo la oruga, duerme la mariposa. *Tat twam asi*, dicen los textos hindúes. «También tú eres el eterno Atma». Pero nada como una historia para poner en imágenes un pensamiento. He aquí un relato coreano...

El ministro del rey

Había una vez una pareja de pobres leñadores. El marido se iba cada día a la montaña a cortar madera. Aquella noche, regresaba con su pesada carga auestas, cuando en un camino estrecho se cruzó con un funcionario del gobierno. Aquel personaje importante viajaba en una litera llevada por cuatro portadores. Los pajes que precedían al cortejo lo apartaron brutalmente:

«¡Paso! ¡Paso al señor gobernador!»

El leñador, doblado bajo el peso del haz de leña, cayó en el barro. En aquel momento, el funcionario, alzando la cortinilla, vio al leñador en el suelo.

Se echó a reír y dijo con menosprecio:

«¡Mira que cara de bruto!»

Y, cerrando la cortinilla, pasó de largo.

El joven leñador, que no conocía la maldad del mundo, quedó profundamente herido. «¡Cómo! —se decía— me paso todo el día trabajando, soy honrado, ¡y ese funcionario me considera menos que el barro del camino!» Le estuvo rondando la cólera durante varias semanas. Finalmente, tuvo la ocasión de ver al jefe del pueblo, a quien contó su desventura.

«¡Es una bobada! —dijo el jefe del pueblo—. Tú no sabes leer ni escribir; ¡para un funcionario del rey no eres nadie, apenas un animal!

—¿Qué tengo que hacer para que me respeten como a un hombre? —preguntó ingenuamente el joven leñador.

—¡Hazte funcionario!— dijo el jefe del pueblo, encogiéndose de hombros.

—¿Y eso cómo lo hago? —insistió el leñador.

—¡Pues, nada, te vas a la capital, te arrastras por las calles de los alrededores de palacio, y al final ya verás como te hacen mandarín!», se burló el jefe del pueblo.

El pobre leñador era tan desconocedor de las costumbres del mundo como un ternero que todavía mama la leche de la vaca. Se creyó las palabras del jefe del pueblo. Tras despedirse de su mujer, lió su petate y se fue a pie a la capital. Encontró un refugio provisional a las puertas de la ciudad y, siguiendo al pie de la letra el consejo que le habían dado, empezó a arrastrarse los días enteros por el barro de las calles de los alrededores del palacio del rey.

«¿Quién es ese loco? —se preguntaban los habitantes.

—Se cree que así le van a dar un puesto de funcionario —explicó una anciana—. Es un simplón, un pobre inocente».

Hubiera lluvia, viento o nieve, en todo momento del año, el leñador seguía arrastrándose por el barro de las calles. Pronto se convirtió en una atracción ciudadana. Los días de mercado, se formaba una multitud en torno a él. Los niños se burlaban de él; a veces le tiraban piedras.

«Pero ¿por qué se arrastra así por el suelo, si tiene sanas las dos piernas? —preguntaba la gente bienintencionada.

—¡Se cree que así le van a nombrar funcionario! ¡Es un tonto de capirote!

—¡Ja, ja, ja!»

Los libelistas compusieron una canción que escribían los niños en los muros del palacio:

*«Por el fango viene y va
Y se cubre de chichones
Eso a él qué más le da,
¡El rey le compensará
Con nombramientos y honores!
¡Ja ja já; ja, ja ja já!»*

Y la historia de aquel loco que soñaba con vestir el sombrero de los funcionarios arrastrándose por el barro acabó por llegar a oídos del rey.

«Debe de ser un simplón, un infeliz —dijo el soberano—, pero me intrigan su ánimo y su obstinación».

A la mañana siguiente, como hacía algunas veces, el rey se puso ropas corrientes y se escabulló fuera de palacio. Se mezcló con la muchedumbre, y nadie lo reconoció. Se acercó a aquel desdichado, que estaba sentado en el lodo.

«¿Es verdad que te arrastras por el barro para hacerte funcionario?

—Sí, es verdad —dijo el leñador—. Y llegaré a serlo...
—¡Ah! —dijo el rey— ¿Y qué puesto deseas obtener?
—¿Qué puesto? Ah, eso no lo sé...
—¿Te da igual qué función? —preguntó el rey.
—Tendría que ser —dijo el leñador— más importante que la de gobernador provincial.»

Y contó su historia a aquel amable personaje que le preguntaba.

«Ah, ya veo —dijo el rey—. Creo que te iría bien el cargo de ministro.

—Pues bueno, ministro —dijo el leñador—, ¡eso me da igual!

—¿O tal vez te gustaría ocupar el lugar del mismo rey?

—¡No, no! —dijo el leñador— El rey es un personaje sagrado, elegido de los dioses. ¡Yo lo que quiero es un empleo que haga de mí un hombre!»

El rey meneó la cabeza y se fue pensativo.

Al cabo de cierto tiempo, mandó llamar al leñador que se arrastraba por el barro al otro lado de los muros de palacio. En presencia de los cortesanos, le entregó solemnemente el sombrero de crines que lo convertía en funcionario real y, desde lo alto de su trono, le habló con bondad.

«Amigo mío, desde este momento, eres funcionario, eres igual que todos los gobernadores de provincia. ¿Deseas alguna otra cosa?

—Quiero volver a tomar mi hacha y regresar a mi bosque —dijo el leñador—. Es allí donde soy feliz. Pero ahora ya no tendré que preocuparme más, ¡porque el propio rey ha reconocido en mí a un hombre!»

LA PALABRA JUSTA

*En el principio era el Verbo,
Y el Verbo estaba vuelto hacia Dios,
Y el Verbo era Dios*

Evangelio según San Juan, Prólogo, I

Buddha enseñaba que la práctica del «noble sendero óctuple»:

- 1: la opinión justa,
- 2: el pensamiento justo,
- 3: la palabra justa
- 4: el acto justo,
- 5: la subsistencia justa,
- 6: el esfuerzo justo,
- 7: la atención justa
- 8: la concentración justa

conduce a la liberación espiritual, a la sabiduría, a la felicidad. Si no hubiese que coger más que una flor en el sendero, pediría el privilegio de escoger «la palabra justa». Soy un escritor, o digamos un escribidor, un escritorzuelo, en suma, un comerciante de palabras y de frases. Pero por insuficiente que yo sea, desde hace catorce obras conozco la pena de escribir. La «palabra» no puede echarse a voleo, a la ligera, sin tener que tragársela algún día y arrepentirse de

ella. ¡Hay que cortar, esquejar, injertar, acodar, coger con pinzas, podar, trasladar, sacar del tiesto y trasplantar!...

«Pon tu obra en el telar, recomienza veinte veces. Púlela sin cesar, repule y vuelve a pulir», escribe Boileau en *L'Art poétique*¹⁶. ¿Quieres un ejemplo, lector? Una vez tenía que presentar mi pueblo natal en un diario nacional. Me habían concedido una sola frase. ¡En una sola frase, tenía que «alzarse» un pueblo con su personalidad única, su «resplandor» singular, que lo hiciese «ver», conocer, tal vez amar...! Lo intenté.

«Mi pueblo es pequeño (trescientos dieciocho habitantes), está situado en la zona rural profunda, en el extremo de Anjou, en el límite entre Sarthe y Turena, fue construido sobre un terreno calcáreo, y tiene los campos sembrados de piedras, está rodeado de bosques, sobre todo de robles, su iglesia del siglo XII...»

Tiré mi borrador, ¡No funcionaba en absoluto! Era largo, verboso, mientras que el desafío era conseguir una sola frase que lo dijese todo. Volví a empezar.

«Mi pueblo está situado en la zona rural profunda, lejos de toda ciudad; está lleno de piedras, rodeado de bosques, sobre todo de robles.»

Cada vez escribía peor. Una sola frase y conseguía el desafío de incluir una repetición absurda: «en la zona rural profunda» y «lejos de toda ciudad». Era evidente que quien decía lo uno decía lo otro. Era inútil. Pobre, sin elegancia, impreciso. Volví a empezar:

«Mi pueblo está aislado; sus colinas pobladas de *lambrusques* son pintorescas; está rodeado de bosques tupidos.»

Rompí la hoja. Para reaccionar contra la banalidad de la primera frase, había caído en el exceso contrario. La palabra *lambrusques*, que significa «viña salvaje», era aquí una

«palabra injusta». Esta palabra elegante y rara, en aquel contexto, se volvía inapropiada, inadaptada y pretenciosa. La mayoría de los lectores no la comprenderían. Me desesperé: ¿Cómo decir con brevedad y claridad lo esencial, respetando al lector, aportándole también ese canto de la lengua, ese mínimo de belleza que reclama toda frase que no es estrictamente utilitaria? Cuando se escribe sobre una rosa, dice Mallarmé, es preciso que se alce una rosa, más verdadera que la verdadera¹⁷.

Bajo mi pluma, mi pueblo no se «alzaba». Entonces me peleé con las palabras, con el papel. Inventé cien giros extraños. Libré aquel «combate con el ángel» del que habla el poeta Rainer Maria Rilke. Era preciso que en unas cuantas palabras hiciese existir mi pueblo, con su rugosidad, su paz, sus campos sembrados de piedras y el circo de los bosques. Tenía que cavar su singularidad entre la dulzura de Anjou y la elegancia de la Turena. Decir lo exacto, y que sin embargo nazca una emoción, una amistad, o en su defecto una complicidad, en el lector. Todo ello en una sola frase. Escribí:

«Broc¹⁸, mi pueblo entre Loira y Loir, es un guijarro atravesado en la garganta de los bosques.»

No sé si lo logré. Uno nunca lo sabe. Pero al azar en una firma de libros, una señora quiso confiarme que yo había conseguido transmitirle el sabor de mi pueblecito, y el redactor en jefe del periódico mascullo que, por una vez, no me había excedido en el número de líneas que se me había asignado. ¡Qué difícil es la palabra justa!

Estas consideraciones sobre el arte de escribir, que me tocan muy de cerca, no nos alejan del pensamiento zen tanto como parece. La «palabra justa», según los maestros espirituales, es una palabra honrada, apropiada, equitativa. Mantenido al borde del silencio, consciente y breve,

reviste a veces una importancia extrema, y puede cambiar un destino. He aquí, a este respecto, un bonito cuento indio.

El hombre importante que se hizo anacoreta

Había una vez un hombre importante casado y padre de familia, fiel devoto de Buddha. Había salido de viaje para presentar sus respetos al Bienaventurado con ocasión de la fiesta de aniversario de su muerte y adornar sus altares con guirnaldas de flores. Su esposa, que se había quedado en casa, recibió la visita de su madre:

«Entonces, hija, ¿sigues siendo feliz con tu marido? ¿Qué tal se porta contigo?»

—¡No tengo queja, mi querido esposo es un hombre bueno, sabio y virtuoso como un anacoreta!»

La buena señora, que era algo dura de oído, no oyó más que la última palabra, «anacoreta». Enseguida se deshizo en gritos y lamentos:

«¡Cómo —exclamó—, vaya marido, que abandona a su joven esposa recién casada, con un niño y otro en camino! ¡Eso es abominable! ¡Hacerse anacoreta cuando tiene mujer e hijos pequeños!». Y, casi llorando, se arañó el rostro; se arrancó los pelos y se cubrió la cabeza de cenizas, todo ello delante de los vecinos:

«¡Anacoreta! ¡Qué desgracia más terrible!

—¡Que no, mamá —exclamaba alarmada la joven esposa—, que mi marido no se ha hecho *anacoreta*!

—¡Anacoreta! ¡Ay! —se desgañitaba la vieja sorda— ¡Qué catástrofe! ¡Qué va a ser de mi hija y de mis pobres nietos! ¡Qué desgracia, qué pena!»

Y corría por el pueblo anunciando a todo el mundo la noticia.

Cuando Kalyana regresó a casa, sus conciudadanos lo acogieron convencidos de que ahora era anacoreta. Asombrado, consideró que aquello debía de ser un signo del cielo. Arregló sus asuntos, se despidió de su esposa y sus hijos, y regresó al monasterio zen del que había sido huésped durante sus devociones. Se hizo realmente anacoreta, pronto se hizo famoso por su santidad y, cuando murió, entró en el cielo de Brahma.

*

Una palabra puede cambiar el destino.

Ninguna palabra es totalmente inocente. La «palabra justa» es parca. No hay que añadir sufrimiento al mundo, hay que curar, si se puede, la relación entre los hombres. Ni mentir, ni calumniar, evitar los comadreo. Hablar de un tercero nunca es sabio. Decir mal de él es perjudicarlo, hablar demasiado bien de él es despreciar, por comparación, al interlocutor. Alentar, reconfortar, valorar, equilibrar, sonreír. Despertar el gusto por las cosas espirituales. La «palabra justa», según los maestros zen, aporta un poco de paz, de sabiduría y de felicidad a este mundo.

EL PAÍS DE LA «OTRA ORILLA»

Atravesar las aguas tumultuosas: los deseos, los miedos, los entusiasmos, las amarguras, los desesperos y las penas. Entrar en el país de la tranquilidad. Desembarcar en la «otra orilla». Descubrir nuestro «yo esencial», nuestra naturaleza original, que participa de lo Absoluto. Amar entonces sin fin, sin medida, ser generoso, compartir, alcanzar la serenidad, la felicidad, que no se se escapa, que no falla, que siempre había estado allí, en aquel país de la «otra orilla». Sumirse en la apacible luz del eterno Absoluto. Contemplar con una sola y única mirada la película y la pantalla, nuestra vida efímera y el Infinito, las olas en las que nos debatimos y el país de la «otra orilla».

La joven reina no amaba al rey...

En aquel pequeño reino del Norte de la India, la tristeza cubría con su velo negro a los animales y a la gente, campesinos, cortesanos. La reina no amaba al rey. ¿Por qué? ¡Ah! ¿Cómo explicar estas cosas? El destino adverso..., tal vez una tontería, un ojo demasiado pálido o demasiado negro, un gesto, qué sé yo... La reina no amaba al rey. Un día, el hijo del capellán de la corte, un joven de bella prestancia, vio a la reina vestida con sus ropas de ceremonia. Quedó

deslumbrado. Se enamoró de la reina. Y ella también se enamoró de él. ¿Qué hacer? El joven empezó a desmejorar, carcomido por el amor. La reina se consumía, lloraba en secreto. Daba pena ver al rey. Había que cortar. El soberano, que era justo y bueno, mandó llamar al hijo del capellán:

«Senaka —le dijo— yo sé de tu rectitud, de tu fidelidad y de tu amor. He aquí lo que propongo: te presto a la reina durante siete días. ¡Ámala, y devuélvemela curada y feliz, exactamente en una semana!»

Senaka y la reina partieron; se fueron a un lugar discreto, donde se amaron durante siete días conforme a la orden real. Pero su pasión, lejos de extinguirse, se inflamó y se exaltó hasta la locura. Al octavo día, huyeron. El rey, cruelmente traicionado, se convirtió en el más desdichado de los hombres. Ora estaba decidido a declarar la guerra al estado vecino y a recuperar por la fuerza a los amantes rebeldes, ora hablaba de morir. Sufría de manera tan atroz que le manaba sangre de las entrañas. Pidió consejo al bodhisattva¹⁹ que vivía en la corte:

«Oh sabio, tu conoces mi desdicha, ¿qué debo hacer?»

El bodhisattva estuvo varios días reflexionando y habló así:

«Oh gran rey, si hubiese entre tus súbditos un hombre capaz de tragarse un sable afilado, ¿le concederías una recompensa extraordinaria?»

—Sin duda —dijo el rey.

—Oh gran rey, si hubiera en todo el reino un hombre capaz de tragarse un sable finamente afilado, ¿le concederías tú mismo el corazón de la reina?»

—Si tal hombre existiese, estaría protegido por los dioses, y yo le concedería incluso el corazón de la reina.

—¿Harías ese valiosísimo don sin ira, sin amargura, sin tristeza?»

—Sí, con certeza —dijo el rey.

—Y entonces ¿si existiese —dijo el bodhisattva— un hombre que no ya se tragase entero un sable finamente afilado, sino que hiciese una hazaña todavía más increíble: conmover el corazón de la reina?

—Si hubiese un hombre como ese —dijo el rey— que fuese capaz de ser amado por la reina, a quien siempre he conocido fría e insensible, ¿se la concedería!

—Pues bien, dijo el bodhisattva, ¡el hijo de tu capellán ha llevado a cabo esa hazaña inconcebible!»

El rey estuvo meditando en aquellas palabras. Aceptó sin ira, sin amargura y sin pena dar el corazón de la reina. De inmediato cesó de manarle sangre de las entrañas. Conoció la paz interior. Había alcanzado la «otra orilla».

«Si alguno no comprende este discurso, que no se inquiete. Porque, si no encuentra esta verdad en sí mismo, no puede comprender lo que he dicho. Y es que es un descubrimiento que viene directamente del corazón de Dios»²⁰, escribe el Maestro Eckhart.

EL ZEN ES UN CAMINO QUE VA...

*La consciencia de no ser, nunca,
Más que un viajero te lava los ojos...*

Philippe Jaccottet ²¹

El fin del Zen es el Despertar, la esperanza de alcanzar la «otra orilla». Pero, una vez realizado ese objetivo, tomamos consciencia de que no había nada que alcanzar. Éramos ya lo Absoluto, lo Ilimitado, el Atma. EL ZEN NO TIENE OBJETO... EL OBJETO ES EL CAMINO.

«¿A qué destino vamos? —pregunta el discípulo.
—Ya estamos en él» dice el maestro.

El comerciante de seda

Había una vez un comerciante de seda que subía una montaña, bajo el sol ardiente de mediodía. Iba por tierras de Corea, donde había numerosos bandoleros, y para darse valor, canturreaba una canción:

«Soy el mercader de seda,
Que de la China regresa.
Paños de muy buen aspecto,
Son los que llevo en mi cesto.

Tengo piezas para padres
Y para niños las tengo.
Es verde, blanca y dorada.
Si la compráis por brazadas
Os la vendo rebajada.
¡Comprad mi seda al momento
Y quedaréis bien contentos!
Soy el mercader de seda,
Que de la China regresa.
Paños de muy buen aspecto,
Son los que llevo en mi cesto.
Trala, lalala, lalala...»

Así iba avanzando el día, y cada vez hacía más calor. El vendedor de seda decidió echarse una siestecita bajo de un árbol. Escogió un lugar apacible y sombreado en los alrededores de una tumba por la que velaba una mangdusok, una estatua tradicional, tallada en granito. Cuando el vendedor despertó, el sol se ponía por el horizonte. Sacudió la cabeza, echó una ojeada a su alrededor, y lanzó un grito. Tenía vacío el cesto. ¡Durante su sueño, algún ladrón le había robado todos sus rollos de seda! Desesperado, el vendedor de seda se fue corriendo a la ciudad próxima. Pidió audiencia al prefecto que gobernaba la zona para pedir justicia.

El gobernador lo recibió ya a la mañana siguiente. Escuchó con atención al vendedor y le hizo unas preguntas:

«Antes de quedarte dormido, ¿advertiste alguna presencia en los alrededores?»

—No, señor, no había más que la mangdusok, que tenía dirigidos a la tumba sus ojos de piedra.

—¡Ah ya! —dijo el prefecto—. La mangdusok... estaba vigilando. Voy a reflexionar en tu problema. Vuelve mañana y te diré lo que he decidido».

Al día siguiente era el día en que el prefecto impartía justicia ante el pueblo reunido. Cuando se evocó el asunto del vendedor de seda, ordenó a su guardia:

«¡Id a buscar la mangdusok que guarda la tumba. Ella conoce al ladrón y es el único testigo!»

Los guardias, algo asombrados, pero acostumbrados a obedecer sin discutir, partieron hacia la montaña. Llevaron a palacio la pesada estatua de granito y la pusieron al pie del estrado. El prefecto ordenó que la atasen al poste de justicia:

«¡Dadle veinte latigazos; ella nos dirá quién ha sido el ladrón!»

La estatua permaneció silenciosa. El prefecto exclamó:

«¡Que le administren cien azotes! ¡Ya veremos si se obstina en guardar silencio!»

En la muchedumbre se agitaron las primeras filas.

«¡Nuestro prefecto se ha vuelto loco!», decían los habitantes, y estallaron las risas.

La mangdusok seguía callándose. Ni un estremecimiento, ni un parpadeo en sus ojos de piedra. El prefecto, rojo de ira, exclamó: «¡Dadle cien bastonazos!»

Silbaba el azote, y el bastón golpeaba cada vez más fuerte, sin más resultado que la impasibilidad y el silencio. Algunos insolentes se animaron a burlarse de Su Excelencia el señor gobernador:

«¡Ha perdido el juicio!»

—Pega tanto como quieras ¿Qué puede hacer hablar a una estatua de piedra?

—¡Bah!; este prefecto es un demente, o está borracho!»

Y cada vez había más risas.

Entonces, Su Excelencia se volvió hacia la multitud con ojos severos:

«¡A ver, guardas! ¡Que cojan ahora mismo a los que tanto se ríen, a los insolentes, a los rebeldes que osan burlarse de su señor, y que los arrojen a una mazmorra!»

Enseguida se volvió hacia el vendedor de seda y le aseguró: «Amigo mío, no tengas miedo, recobrarás tus bienes».

A la mañana siguiente, el prefecto abrió la cárcel y ordenó que llevasen ante él a los diez impertinentes detenidos el día antes. Éstos habían tenido tiempo de reflexionar en su suerte, y avanzaron temblando.

«¡Merecéis la muerte —dijo el prefecto—, habéis perturbado el buen desarrollo de un tribunal de justicia, y os habéis mofado de vuestro señor!»

Los diez prisioneros se echaron de rodillas ante el prefecto implorando que se apiadase de ellos.

«Quiero perdonaros —dijo el gobernador—, pero con una condición.

—Haremos lo que nos mandes —dijeron todos a una.

—¡Os presentaréis aquí en el plazo de tres días con un rollo de hermosa seda!»

El día fijado, el prefecto mandó llamar al vendedor:

«¿Reconocerías la seda que te robaron?»

—¡Sí, señor!

—¡Haced entrar a los diez prisioneros!», mandó el gobernador.

Avanzaron con la frente baja, llevando cada uno en los brazos, en gesto de ofrenda, un rollo de hermosa seda, blanca, verde, dorada...

«¡Son mis bienes, es mi seda!», exclamó el comerciante.

Una investigación permitió desenmascarar a un tal Chu, rico comerciante de la ciudad vecina, que había hecho que un criado suyo robase la seda. La había vendido sin escrúpulos a los diez notables detenidos por el prefecto. Fue castigado por su crimen, conforme a los rigores de la ley.

Desde detrás de la celosía de su ventana, el gobernador contempla cómo se aleja el vendedor de seda. Percibe largo tiempo el eco de su canto:

«Soy el mercader de seda,
Que de la China regresa.
Paños de muy buen aspecto,
Son los que llevo en mi cesto.
Tengo piezas para padres
Y para niños las tengo.
Es verde, blanca y dorada.
Si la compráis por brazadas
Os la vendo rebajada.
¡Comprad mi seda al momento
Y quedaréis bien contentos!
Soy el mercader de seda,
Que de la China regresa.
Paños de muy buen aspecto,
Son los que llevo en mi cesto.
Trala, lalala, lalala...»

*

Día tras día, de instante en instante, vivimos en la verdad, la luz y la libertad. Nuestra vida está tejida en la túnica sin costuras del presente.

«Enseño la eternidad», decía Buddha.

*

«¿Dónde vas, vendedor de seda?
—¡Ya estoy allí!»

*

EL ZEN ES UN CAMINO QUE VA...
Existen diez, cien, mil entradas,
para acceder a la «consciencia del sí espiritual»,
a la «visión zen».
En este libro he explorado unas cuantas.
Toma la que quieras:
La más simple, la más rara, la más florida,
La más cercana, la exótica, la extraordinaria...
TODAS LLEVAN
A LA PAZ,
A LA FELICIDAD ZEN.

LA TSAMPA

Cuento humorístico

Hecha a base de cebada tostada, la *tsampa* es el plato tradicional de los tibetanos. La cebada, reducida a harina, mezclada a veces con trigo o con guisantes, se remoja, se amasa con un té salado hecho con mantequilla. La *tsampa* sirve para todo, en cualquier lugar. La come el monje errante en su bol de madera, a la manera de Gargantúa, «que se peinaba con el peine de Alamo. O sea —precisa el malicioso Rabelais—, con los cuatro dedos y el pulgar»²². Así también el monje, solo frente a las montañas nevadas, utiliza la cuchara de «Alamo», come con los dedos.

Estas precisiones resultaban tal vez necesarias, al menos para sonreír, y para mejor saborear el cuento que sigue.

*

Había una vez unos pobres cuya casa en ruinas estaba pegada a la hermosa mansión de un rico propietario. Aquel año, el invierno era duro. Agabunda no alcanzaba ya a dar de comer a los suyos. Los vecinos, en sus graneros, tenían cebada a montañas. ¿Pedirles limosna, implorarles piedad? Todo en vano. El vecino no daba más que a los que podían devolvérselo. Entonces, una noche, Agabunda, desesperado, tuvo una idea. Encendió en su patio un gran fuego, un

fuego suntuoso, que brillaba en la noche. El vecino rico, intrigado, se acercó y le dijo:

«¡Caramba! Agabunda, te ruego que me perdones si soy indiscreto, pero, ¿qué es lo que haces quemar de este modo?»

—Oh —dijo negligentemente el interpelado—, es que hoy ha regresado de la capital un primo mío y me ha informado de que, debido a los rigores del invierno, la tsampa ha alcanzado en estos momentos unos precios increíbles. Hago cocer unos cuantos quilos de cebada e iré a venderlos a Lhasa.»

El rico propietario regresó a su casa muy pensativo. Decidió tostar gran cantidad de cebada y aprovechar también aquella ocasión.

Días más tarde, Agabunda y su vecino tomaban el camino de la capital. Habían decidido viajar juntos. Si eran atacados en el camino, se decía el rico propietario, Agabunda, situado en la cabeza de la caravana, recibiría los primeros golpes. Montado en su asno, Agabunda había dispuesto tres sacos llenos hasta arriba de hojas secas. El yak del rico propietario llevaba a cuestras tres grandes sacos repletos de buena harina de cebada tostada. Durmieron en un templito abandonado. Era un lugar miserable. Sólo quedaba en un rincón una estatua de madera de Buddha con la nariz comida por la humedad. Un poco antes del alba, Agabunda se levantó sin hacer ruido. Sacó de sus sacos las hojas secas y se las dio de comer a su asno. Luego, llenó sus sacos con la cebada tostada de su compañero. Finalmente, puso los sacos vacíos de éste sobre los brazos del buda, teniendo cuidado de untarle la boca y el rostro con buena harina.

Por la mañana, cuando despertó el rico propietario, constató el desastre. Se puso a lanzar gritos abominables:

«¡Al ladrón! ¡Al ladrón! ¡Mi buena tsampa!»

Imperturbable, Agabunda señaló con el dedo al buda, con la boca todavía untada de cebada tostada.

«Shakyamuni, el Despierto, debía de tener mucha hambre —dijo con convicción—; durante la noche se ha comido toda tu tsampa, ¡por un pelo no ha seguido con la mía! Pero no quiero dejarte así, ¡nos la repartiremos!»

Dio un saco y la mitad de otro al rico propietario, que aceptó con sonrisa forzada y ya no volvió a hablar en todo el resto del camino.

*

¡Ay del rico —dice el sabio—, si se niega a dar un poco de tsampa a su vecino; Buddha se la robará y se la comerá!

LA PRINCESA Y EL MENDIGO

Vivimos en la superficie de los seres y de las cosas. Tenemos nuestro papel en la pantomima, apartando la cabeza para no ver la muerte que merodea, que acecha en la sombra. Nunca del todo a salvo pese a nuestros juguetes de adulto, nuestras ocupaciones, pasando de vanas esperas de cortas saciedades... a placeres irrisorios.

Pero un día... Esa es nuestra esperanza, que habrá un día en que nuestra pequeña vida se fundirá en la gran Vida. Entraremos en el país de lo Absoluto. Efectuaremos el salto inconcebible. Descubriremos que somos inmortales. El Zen nos hace acceder concretamente a esa realidad interior. Nos ayuda a encontrar al «Dios oculto» de que hablan las Escrituras, el Infinito en nosotros. El Zen percibe en toda cosa la luz que está encerrada. Como la graciosa princesa del cuento tibetano, que reconoció el amor en un rostro negro de mugre, y al príncipe encantador bajo los harapos del mendigo.

*

Había una vez, en el corazón del Tíbet, un reino pequeño, muy pequeño. Minúsculo. El rey Ten Sing tenía una esposa tan suave como la seda, y tres hijas tan hermosas como

el día en su resplandor. Las princesas se turnaban para ir a buscar agua a la Fuente de plata, situada no lejos de palacio.

Aquella mañana, Hoja de oro, la princesa mayor, se puso su larga túnica tejida de oro, se puso un tocado de diamantes, se echó al hombro una jarra de oro y tomó en la mano derecha un cucharón de oro. Al acercarse a la fuente, vio que había un mendigo, un andrajoso, con el rostro negro y sucio, acostado junto al agua. La princesa exclamó:

«¡Miserable, cómo te atreves a manchar con tu presencia la fuente sagrada!

—¡Oh muchacha maravillosa que brilla como el oro! He escalado noventa y nueve montañas, he caminado largo tiempo por la nieve y el frío y bajo el sol ardiente de los desiertos para encontrar las tres princesas más hermosas de la tierra. ¿Es este su reino?

—¡Sucio piojoso! ¿Es que quieres coger las estrellas del cielo? —ironizó la princesa— ¡Vete antes de que haga que te echen los guardias de mi padre!»

El mendigo se retiró, bajando tristemente la cabeza.

A la mañana siguiente, la segunda princesa, Hoja de jade, vistió su larga túnica de seda azul, se puso un collar de turquesas, se echó al hombro una jarra de jade azul y se colgó del cinto un cucharón de esmeralda. Así ataviada, fue a buscar agua a la fuente. Se encontró al mendigo acostado sobre la escalera de cristal.

«¡Oooh! —exclamó la princesa, y frunció su bonita nariz con una mueca de desprecio y de disgusto. ¡Qué hace aquí ese mendigo de miseria!

—¡Piedad! Radiante muchacha, oí hablar del reino de Nawabodeng, donde viven tres princesas hermosas como el día en su esplendor. He venido de mi lejano país con la esperanza de verlas. He cruzado noventa y nueve montañas, ciento tres torrentes, he sufrido el hambre, el frío...

—¡Cómo te atreves a hablarme, miserable! —lo interrumpió brutalmente la princesa de jade— ¿Acaso puedes hacerte un vestido con las nubes, o pescar la luna en el agua para hacerte un espejo? ¡Vete, antes de que haga que los guardias de mi padre te arrojen a un calabozo!»

El desdichado se retiró, con la cabeza gacha.

Al tercer día, la benjamina, la princesa Hoja de nácar, se vistió para ir a cumplir con su deber en la fuente. Se puso una larga túnica blanca, se puso un collar de perlas, se echó al hombro una jarra de litorina²³, y tomó en la mano un cucharón de conchas. Cuando vio al mendigo de rostro negro y ropas harapientas acostado junto a la Fuente de plata, murmuró:

«Joven pobremente vestido, ¿estás enfermo, has luchado contra algún monstruo, estás herido? ¿Puedo ayudarte?»

El mendigo, al oír aquellas dulces palabras, sintió como que manaba deliciosamente agua fresca sobre su corazón. Miró a la muchacha. Parecía un hada. Sus ojos brillaban como diamantes, su cintura tenía la flexibilidad del bambú, su pelo negro se derramaba sobre sus hombros como las aguas del río Jiqu por los llanos fértiles, y su rostro, que tenía la pureza del loto blanco, revelaba la bondad de su corazón.

«Noble dama —le dijo—, soy originario del reino de Sewacang, perdí a mis padres en mi juventud, y un oráculo me ordenó que buscara el reino en el que viven tres princesas tan hermosas como el día en su esplendor. He recorrido un largo camino, he afrontado mil peligros. Estoy cansado, tengo fríos los pies, pesadas las piernas, como la piedra. ¿Podría encontrar en la casa de tu padre un empleo de paje o de palafrenero?»

La princesa Hoja de nácar quedó conmovida por las formas corteses de aquel joven. Le reveló que ella era una

de las tres princesas, y que abogaría en su favor ante su padre el rey.

«Hija mía —dijo el rey—, tengo ya tres mil doscientos palafreneros: ¿por qué quieres que contrate a un mendigo desconocido sucio y harapiento?»

La joven y dulce princesa se echó a los pies del rey, golpeó la frente contra el suelo por tres veces y le suplicó así:

«Padre venerado: ya tengo quince años, y nunca te he pedido nada; ¡te ruego que acojas a ese joven sin techo ni hogar!»

En aquel momento, la reina Yiqicaixin, cuyo carácter era flexible como la seda, intervino con dulzura:

«Noble esposo mío —le dijo—, Hoja de nácar es la más obediente de nuestras tres hijas, concédele lo que te pide, por amor a mí».

Y el mendigo de rostro negro se convirtió en palafrenero del rey.

Pasó el tiempo. El nuevo palafrenero cumplió admirablemente su cometido. Tocando la flauta, logró amansar a un semental negro al que todo el mundo temía. Un día de terrible tormenta, salvó en la montaña a los caballos salvajes, que galoparon tras él tan dócilmente como corren las aguas del río Yarlugzanbo. La princesa Hoja de nácar iba a verlo a menudo. Le llevaba tortitas de cebada, y lo ayudaba a prepararse el té. Entre ellos se iba trabando una profunda amistad.

Las princesas Hoja de oro y Hoja de jade habían notado los tejemanejes de su hermana. Estaban indignadas:

«Trabar amistad con un palafrenero de rostro negro, qué bochorno para nuestra familia —decía Hoja de oro.

—Nuestra hermana siempre ha tenido un carácter vil, que la hace próxima a los miserables y a los pajes —asintió Hoja de jade— ¡Vamos a ver a nuestro padre para que ponga fin a este escándalo!»

Cuando el rey Ten Sing se enteró de la conducta inconveniente de la menor de sus hijas, se enfureció:

«Ya que te gusta el mendigo de rostro negro, voy a encerrarte con los otros esclavos. ¡Entérate de que te autorizaré a casarte con ese descalzo cuando los caballos críen cuernos y las ranas, pelo!

—Padre —dijo con firmeza Hoja de nácar—, desde el comienzo del mundo, la cascada cae de arriba abajo, el guisante crece en su vaina, y las plumas del pavo real macho son azules sin que se las haya pintado nadie. Yo amo al mendigo, sin que nada nos haya ligado».

Entonces, como su padre el rey permanecía inflexible, la dulce princesa se quitó la larga túnica de seda blanca, su cinto de seda azul, y también se quitó su collar de perlas. Se puso una túnica usada, se ató alrededor de la cintura una cuerda de piel de yak y se adornó con un rosario de cuentas de hueso. Luego, se fue con las esclavas en las dependencias comunes de palacio.

La reina Yíqicaixin, dulce como la seda, no había podido oponerse a las decisiones de su esposo. Pero su corazón sangraba en secreto. Un atardecer acudió secretamente a las cuadras. Llevaba su cofrecillo de joyas, que dio a la joven pareja.

«Hijos míos —dijo la reina—, no puedo ofreceros más que este pobre anillo de plata y este collar de perlas finas. Tomadlas».

Y volviéndose hacia el mendigo de rostro negro, añadió:

«Llévate a mi hija a tu país, casaos, y permaneced juntos como la mantequilla y el té²⁴. Yo os bendigo.»

El mendigo se echó a los pies de la reina, le prometió velar por la princesa Hoja de nácar. Aquella misma noche, los dos amantes se hicieron al camino.

Viajaron treinta días y treinta noches, durmiendo en cuevas, pidiendo un poco de comida por los caminos. Finalmente, llegaron al reino de Sewacang. Hoja de nácar, poco acostumbrada a aquella vida tan ruda, estaba agotada. El mendigo de rostro negro le dijo:

«Oh amada mía, voy a adelantarme a anunciar nuestra llegada a mi hermana; ¡sigue el camino trazado por mi bastón!

—Oh amado mío —dijo la princesa—, no tengo otra cosa que a ti en este mundo; ¡no me abandones!

—Para mí eres más valiosa que mis dos ojos, que mi peso en oro; ten confianza, y sigue el camino trazado por mi bastón».

Hoja de nácar prosiguió sola su camino. Iba preguntando a los campesinos, a los pastores:

«¿Habéis visto al mendigo de rostro negro con un bastón en la mano?»

Todos le respondían con amabilidad y cortesía; un anciano le ofreció un poco de vino en un bol de rebordes de plata y le dijo:

«¡Mira, allá en el valle, por donde corre el río Jiqu, se ve nuestra capital, y en el horizonte está nuestro palacio real! ¡Nuestro príncipe, que había partido de viaje desde hacía tres años, acaba de regresar, y hay grandes celebraciones por todo el país!

—¿Esa es la dirección que tomó el mendigo de rostro negro?

—Sí —respondió el anciano—. Ayer tarde lo vimos pasar.»

El palacio real de Sewacang, entre la montaña y el río, exhibía su magnificencia. Desde los tejados hasta los zócalos de las murallas estaba cubierto de oro y piedras preciosas. Por los alrededores había vacas, corderos y caballos, todos adornados para las fiestas. Incluso los azules pavos

reales, los tordos y los cucos cantaban y bailaban de alegría. La princesa quedó asombrada.

«¡Nuestro glorioso príncipe ha regresado! —le decía la gente que pasaba— y todo el reino está alborozado».

La princesa, siempre siguiendo el camino del bastón, llegó a las puertas de palacio. Llamó a la puerta.

«¿Qué quieres? —dijeron los guardias.

—Al mendigo de rostro negro, porque aquí es donde me ha llevado el camino de su bastón.

—Entra, princesa Hoja de nácar», respondieron los guardias, inclinándose.

La tímida princesa, asombrada de aquel recibimiento, entró en la plaza de armas de palacio.

La esperaban ocho siervos vestidos de lino blanco, que la condujeron a través de los corredores hasta la gran sala de las luces, y allí distinguió a una mujer de gran belleza.

«Soy la princesa Guisangwangumu, que reina en este reino; te doy la bienvenida, querida hermana Hoja de nácar, y aquí está mi hermano, el príncipe Gangsondundan».

Hoja de nácar lanzó un grito. Alzando una colgadura, apareció el mendigo de rostro negro. Avanzó, se lavó el rostro tres veces en una jofaina de plata llena de leche. Entonces su rostro brilló como el sol levante. Y era tan hermoso, tan magnífico, que la princesa Hoja de nácar quedó paralizada de asombro, de maravilla y de amor.

Se casaron, tuvieron muchos hijos, y fueron felices durante mucho, mucho tiempo.

*

El sabio desconfía de las apariencias.

«¡No juzgues el grano de mostaza por su pequeño tamaño! ¡Pruébalo, y mira cómo pica!», dice un proverbio árabe.

EL HUMILDE MONJE

El Sutra del Loto cuenta la historia del humilde monje. Éste no tenía ni dones ni carisma, era aplicado, escrupuloso y recitaba los sutras sin omitir ni uno solo. Pero no era muy inteligente, ni brillaba en las controversias rituales que animaban sus compañeros a propósito de los koanes. Permanecía en su lugar, el último, se ocupaba de los asuntos domésticos, barría, cortaba leña, echaba una mano. Todos lo querían mucho. Tenía tan sólo una manía un poco molesta. Cada vez que se cruzaba con alguien, hacía *gassho*, ese saludo en el que se juntan las manos a la altura del rostro, en signo de profundo respeto. Tenía un pase que hiciera *gassho* al maestro de Zen responsable del monasterio, a los ancianos que todos veneraban, pero es que él hacía *gassho* a los novicios, a los criados, a los campesinos con los que se cruzaba, a los niños, a los mendigos, a los vagabundos, a cualquiera; ¡y todavía gracias que no le hacía *gassho* al burro del convento!

Iba una vez de viaje en un servicio para el monasterio, cuando lo capturaron unos bandidos:

«¡Monje! ¡Danos la bolsa o te cortamos el cuello!

—Señor —respondió el humilde monje—, no llevo conmigo más que una carta que tengo que entregar en el convento de Edo —y entonces hizo *gassho* a los bandidos, inclinándose hasta el suelo.

—¿Por qué nos haces gassho? —exclamó el jefe de los bandidos, desconcertado— ¿es que te ríes de nosotros?

—¡Oh no, señor —dijo el monje en tono penetrante—. Es que vosotros sois grandes Buddhas...»

Los malandrines le administraron una buena tunda de palos, gritándole:

«¡Toma y toma! ¡Esto te enseñará a reírte de la gentel!»

Pero lo dejaron con vida. El humilde monje salió huyendo y, sin dejar de correr, seguía repitiendo:

«¡Tengo que respetaros porque podéis convertirnos en grandes Buddhas!»

Todo hombre manifiesta lo Infinito. Cada gota de agua contiene el océano.

*

Los hombres son genios o carecen de inteligencia.

Son pobres y despreciados o ricos y honrados.

Son santos o son truhanes.

Pero en la Vía del Zen

el sur y el norte ya no existen.

Shih T'u Hsi Chi En
(700-790)

LA GRAN BATALLA

Con la frente ornada de un diamante azul, Yudishtira pasa revista a su ejército. Un siervo sostiene sobre la cabeza del rey un parasol blanco. Hay allí siete regimientos. Cada uno de ellos incluye cien mil infantes, sesenta y cinco mil caballeros, veinte mil carros y veinte mil elefantes con caparazón de metal erizado de pinchos²⁵.

Siete regimientos que se despliegan en la llanura. Al fondo, a la sombra propicia de un bosquecillo, han instalado las tiendas de aparato destinadas para el rey, para sus cuatro hermanos los príncipes, para los templos, los altares y los dioses. Bajo techados improvisados se amontonan los víveres. Arroz para los hombres, forraje para los animales. Más alejadas están las tiendas en las que se guardan las armaduras, las corazas, las cotas de malla, miles de flechas —cuyas oleadas oscurecerán el cielo— los arcos y los carcaj. Cerca se han instalado unos hábiles obreros para ocuparse del mantenimiento de ese arsenal. Diseminados entre las tropas, los médicos están listos para curar, vendar, coser las heridas, cortar los miembros despedazados. Al otro lado de un foso profundo, el ejército enemigo. El sol del amanecer hace brillar las armaduras, las lanzas y hachas de guerra. Nueve regimientos, compuestos cada uno por cien mil infantes, setenta mil jinetes, treinta mil carros y treinta mil elefantes

con armadura de hierro. A la cabeza de tan formidable ejército, el generalísimo Bishma, el viejo, el ilustre Bishma, a quien se teme en la India entera por tantas victorias como ha obtenido gracias a su valentía y a su habilidad guerrera.

*

Los dioses contemplan la escena. Hasta ellos sube el alboroto de mil voces, los gritos y el ruido, los caballos golpeando el suelo. Ven los resplandores de las armaduras, las chispas de las lanzas que chocan con los escudos. Saben que se prepara la mayor batalla de todos los tiempos y están llenos de espanto. Pero ya nadie puede detener el destino. La suerte de la India va a decidirse en este combate. De repente, cuando está saliendo el sol por el horizonte, un gran silencio se va adueñando de la inmensa llanura. El rey Yudishtira ha levantado su estandarte, he lo aquí que avanza bajo su parasol blanco, seguido por sus cuatro hermanos, los príncipes. ¿Qué quieren los Pandavies²⁶? Todo el mundo contiene el aliento. La delegación llega ante el ejército enemigo. El generalísimo Bishma sale a su encuentro. Conversan por medio de los heraldos, que corren de un lado al otro. ¿Acaso el rey hace una oferta de paz? ¿La rechaza el valiente generalísimo con desprecio? Los dos inmensos ejércitos están pendientes de sus gestos. Parecería que los caballos han dejado de relinchar, y los elefantes, de bramar, y en el cielo han callado los pájaros.

Yuddishtira y sus hermanos, según es costumbre, han pasado la época de su adolescencia en una corte extranjera, la del anciano rey ciego Dhritarashtra, cuyo generalísimo es Bishma. ¿Cómo olvidar aquellos años de aprendizaje, y a los maestros tan queridos?

«Oh generalísimo —dice el joven rey—, antes que comience el combate, queremos presentar nuestros respetos a aquellos que velaron por nuestra infancia y nos mostraron el camino del *Dyana*²⁷.

—Si vuestras intenciones son puras, dejad en el suelo las armas, dejad ahí a vuestros guerreros y venid solos a pie hasta las tiendas de vuestros antiguos preceptores.

—¡No escuches, oh rey, esa proposición insultante! — Se indigna el príncipe más joven— ¡Vamos a la lucha!

—Rey, hermano mío —dice a su vez el príncipe de más edad—, no podemos ponernos de este modo a merced de ellos. ¡La batalla la perderíamos antes de empezar!»

Pero el rey Yuddishtira se ha inclinado ante Bishma:

«Sea como tú has dicho —acepta el rey—; confiamos en tu honor de soldado».

Los cinco Pandavíes han entrado en la tienda de los hombres sabios que les han enseñado todo lo que saben de los dioses y de los hombres. Con las manos juntas ante el rostro, se han inclinado. Están en medio del ejército enemigo, sin guardia, sin siervos, sin lanzas ni escudos.

«Rey Yuddishtira —dice el más anciano de los preceptores, señalando amigablemente a su antiguo alumno—, saludamos tu proceder y el de tus hermanos. Conocíamos la nobleza de vuestros corazones. La delicadeza de vuestra actitud nos conmueve. Las enseñanzas que os dimos no fueron en vano».

Los cinco hermanos permanecen callados. Tienen los ojos empañados ante el recuerdo de su infancia, y el afecto que profesaron a aquellos respetables hombres.

«Enseguida va a comenzar la batalla —dice el más anciano de sus maestros— y lucharemos con todas nuestras fuerzas contra vosotros, y vosotros os comportaréis del mismo modo. Pero sabed que no cesaremos de teneros en alta estima ni de quereros».

*

El *dharma* de los Pandavías y de sus venerables maestros los empujaba a combatir. Pero todos los *dharmas* son uno solo. Cuando se alcanza la «reflexión serena», cuando se realiza el «estado de Buddha» se mira con ecuanimidad a amigos y enemigos. Toda realidad es semejante a las formas cambiantes que toman las nubes, en el cielo del eterno Atma.

SABOR ZEN

Como el dios Proteo, hijo de Poseidón y Anfitrite, el Zen toma formas múltiples. Es el agua, es el fuego, y la luz que se difracta en mil resplandores. ¿Qué es el Zen? El maestro Daisetz T. Suzuki²⁸ responde:

«Todo lo que haces o dices es zen, todo lo que no haces ni dices es zen. Ves las flores abiertas en el jardín, oyes los pájaros cantar en el bosque, ahí tienes el zen.»

El zen son los pájaros, en efecto... y los maravillosos cielos de septiembre «cuando el sol muere en un grito». Pero también la iglesia de mi pueblo, y su gorro cuadrado a modo de campanario, y el camión cisterna, que me apesta, me esconde el paisaje y me asfixia. El Zen es todo y cualquier cosa... Lo hermoso, lo feo, lo notable y lo insignificante, toda forma en la que reconozco su rostro de absoluto tiene el sabor del Zen, el sabor zen.

El hermano mayor

Por aquel entonces, nació el Boddhisattva en una familia de ricos mercaderes. Tenía un hermano mayor que gestionaba la fortuna familiar y tenía todo el poder. Aquel hermano mayor cayó gravemente enfermo y murió. Esposas y

concubinas, parientes, hijos, siervos y siervas, toda la casa se deshacía en llanto y gemidos:

«¡Oh qué desgracia! ¡Qué injusticia sin igual! ¡Nuestro esposo, nuestro padre, nuestro señor, ha muerto, cuando todavía estaba en la plenitud de la edad! ¡Quién puede concebir un infortunio como ese!...»

Sólo el Boddhisattva permanecía sin llorar y estaba tranquilo.

Al verlo, una concubina exclamó:

«Nuestro esposo, nuestro amo querido ha muerto y su propio hermano no llora. ¡Sin duda se alegra de heredar la fortuna y de tener en sus manos todos los bienes de la familia!»

Entonces, el Boddhisattva habló de este modo:

«¿Acaso no sabíais que todas las criaturas son mortales? Las que tienen cuatro patas, y las aves, y las serpientes, y los hombres, e incluso los ángeles. Todo lo que vive muere. Esa es la ley natural. En ninguna parte del mundo encontraréis ni seguridad ni permanencia. Pero el Zen da a toda cosa un sabor de eternidad».

Todos meditaron aquellas palabras y quedaron reconfortados. Dejaron de llorar y de lamentarse. Así nos lo han contado.

EL ZEN DE TODOS LOS DÍAS

En la escuela

Durante mucho tiempo fui pedagogo, y no puedo oler a escuela sin relinchar y cocear como un viejo caballo descartado. Aquella mañana, estaba escuchando en la radio un programa en el que se disertaba sobre lo que hay que enseñar en la escuela:

«Leer, escribir, contar, historia, geografía, algo de física elemental, química, deporte...

—Yo agregaría —dice el inspector— música y artes plásticas. Dibujo artístico, pero también dibujo lineal y algunas nociones de arquitectura...

—¡De acuerdo! Querido colega, pero considero que es capital enseñar ante todo instrucción cívica; ¡estamos formando ciudadanos! Primero el inglés, que hay que mamarlo con la lengua materna, y otra lengua europea: el alemán, el español, el italiano...

—El ruso es interesante...

—Oigan, perdonen —dice el maestro de escuela, guasón—, yo añadiría el esperanto, que es la lengua universal, y quizá también el chino, que es la lengua más hablada de la tierra.

—El chino, ah, ¿por qué no? —dice el inspector— no lo había pensado».

«Si yo fuese el director general de enseñanza primaria, escribía Alain²⁹, me propondría como fin único el enseñar a leer a todos los franceses. Digamos también a escribir y contar, pero eso se sobrentiende... En cuanto a las lecciones de física, de historia y de moral, las considero completamente ridículas si no ponen ante todo en condiciones de leer física, historia y moral.»

A nuestra época le gustan las lentejuelas y corre detrás de todo lo que se mueve, de todo lo que reluce bajo el sol de lo moderno: Internet y los CD roms, ¡y los viajes! Por Francia, Italia, Grecia, Turquía. ¡Una escuela cercana se lleva este año a los chavales a las Islas Marquesas! Por qué no, claro. ¡Pero antes que aprendan a LEER! «Leer con los ojos —decía Alain—, leer *verdaderamente*, eso define para mí un momento de humanidad». Una vez le preguntaron a San Bernardo, el gran reformador de los monasterios cistercienses:

«¿Qué haces en este convento?

—Aprendo a amar.»

Me gustaría que todo niño, si le preguntasen: «¿Qué haces en la escuela?», respondiese simplemente: «Aprendo a escribir».

Y todo lo demás vendría solo...

¿Qué vínculo hay entre el Zen y la escuela, y qué viene a hacer la escuela en todo esto? Más de lo que parece. El Zen cotidiano enseña la simplicidad, distingue lo accesorio y lo principal. Puesto que no obedece al mundo, se ríe del ritmo de los tiempos, y a menudo, en el curso de su larga historia, ha devuelto al camino de lo Absoluto las espiritualidades, que se extraviaban en disputas escolásticas, en formalismos, en rodeos inútiles. ¿Por qué entonces no había de recordarle a la escuela su misión fundamental, que es

ENSEÑAR A LEER? Actualmente, llegan al bachillerato muchos alumnos que apenas saben descifrar un texto; todos los profesores se quejan de ello. Hay niños a los que se considera negados para las matemáticas porque no son capaces de «leer correctamente» el enunciado de un problema. El Zen, flecha de lo esencial, nos recuerda que la escuela primaria tiene que enseñar ante todo a leer, a leer de verdad. Y todo lo demás son monsergas...

El plato de espinacas

Los que no vivieron a comienzos de los 50 en la hermosa ciudad de Angers, que extiende sus atractivos desde el Maine hasta el Loira, desde el castillo del rey René hasta los suburbios de Trezalé; los que no tuvieron la suerte insigne de vivir aquella época en la capital de Anjou, esos nunca sabrán qué es el encanto antiguo, el resplandor añejo y lo maravilloso de los bailes del cuerpo de ingenieros del cuartel Eblé.

En febrero de 1950 conocí allí a Brigitte Sapin-Landon. Dieciséis años, hija de un oficial. Su padre era comandante, un simple comandante, pero era de casta. Tras estancarse dieciséis años en el grado de capitán, entraba al final de su carrera en el círculo elitista. Un buen hombre, por lo demás, con el pelo gris al cepillo, ojos tristes y una esposa empenachada. Aquella noche, ocupaba con su mujer y su hija el extremo del extremo de la mesa del general. Corría el champán y, entre tules y volantes, hombros desnudos, mares de organdí, y también entre galones dorados y kepís negligentemente dejados, percibí, surgiendo de una corola blanca, a una muchacha. Yo casi ironizaba al respecto cuando, de aquel mar de tela fruncida surgió un rostro nítido

y malicioso, casi cuadrado, una muchacha de ojos azules de aguamarina que me miraba desafiante. Yo era un chico de veinte años pobre y flaco, e insolente, vigilante estudiantil en el instituto David de Angers. Invité a bailar a la hija del comandante. Éste, sorprendido, me detuvo con un gesto. Examinó mi traje gastado, mi cuello casi blanco, y en la duda, no se atrevió a rechazarme. Brigitte se levantó, y yo la tomé en mis brazos.

La orquesta tocaba un pasodoble. Ella bailaba mal, con grandes zancadas. No sonreía, no hablaba. Yo me liaba con su vestido largo, y echaba pestes. De repente, ella me miró directamente a los ojos, algo que en aquella época las chicas no hacían muy a menudo. Nos miramos fijamente un instante, y sentimos el gatillazo de la conmoción. Después del pasodoble, ya éramos cómplices. La samba nos embriagó, y al final del tango, yo estaba enamorado. En la mesa del general, la señora comandante se alarmaba y llamaba por gestos a su hija con grandes aspavientos. Se estaba comprometiendo, bailando demasiado tiempo conmigo. Nos dejamos. No volví a invitarla aquella noche. Pero apretaba en mi mano un papel que un camarero me había entregado discretamente. Me daba una cita: el lunes a las 3 de la tarde en el *Bout du monde*. El paseo del *Bout du monde* («Fin del mundo»), que hoy ya no existe, era por aquel entonces un lugar mágico. Una especie de rotonda llena de árboles, cerrada por un viejo muro semicircular, bastante bajo, desde donde se dominaba la ciudad de Angers. Era, en pleno centro, un lugar apartado y tranquilo, refugio de enamorados. Volví a ver a Brigitte y estuvimos hablando. A la tercera cita, la besé. Pocos días después, tuve que abandonar Angers. Me habían nombrado para un cargo de profesor en un lugar perdido y recóndito de Bretaña. Le escribí, mucho, durante largo tiempo.

Ella, a veces, me respondía.

Y la vida fue pasando.

El azar me devolvió a Angers, veinticinco años más tarde. Tenía yo unos días de libertad. Recuerdos, nostalgia; mis pasos me condujeron en peregrinación al paseo del *Bout du monde*. Yo era entonces un funcionario instalado en una vida confortable y lejos, muy lejos del chico miserable, romántico e insolente que había amado a Brigitte. De repente, me vinieron ganas de verla. Comencé a investigar. Sus padres habían muerto. Ella se había casado... Las informaciones eran tan vagas que estuve a punto de renunciar. Pero subsistía en mí un poco de mi juventud ardiente. Conseguí su dirección el día de mi partida. Llegué a su casa sin avisar. Eran las 10 o las 11 de una hermosa mañana. Llamé. Me abrió la puerta una mujer sólida, ya en la cuarentena gozosa.

«¿Qué desea?»

—Hace tiempo conocí a una chica que se llamaba Brigitte Sapin-Landon. Pasaba por Angers y quería saludarla... ¿es usted?»

Me miró con más atención, y poco a poco se le fue iluminando el rostro. Preguntó:

«¿Cómo se llama usted?»

Se lo dije. Ella acabó de abrir la puerta y me hizo seguirla a la cocina.

«Perdóneme, es que estoy preparando unas espinacas. Tengo cinco hijos, y mi marido regresa a mediodía de la prefectura».

Siguió tranquilamente su trabajo. Un mar de espinacas desbordaba de una cacerola destapada, la envolvía de vapor, de humo, y a mí me parecía ver como en sobreimpresión aquellos velos blancos, aquellos tules fruncidos que la envolvían años atrás en el baile del cuerpo de ingenieros del cuartel Eblé. Estuvimos hablando como personas educa-

das, sin gran cosa que decirse. Me despedía ya cuando ella clavó en mis ojos su mirada de aguamarina:

«Coge mi bolso, que está allí, y saca mi cartera, ¡ábrela!»

Desconcertado, obedecí maquinalmente.

«Mira en el bolsillo de dentro, sí ese papel; ¡léelo!»

Resignado, desdoblé una hoja de libreta de escuela algo amarillenta y leí:

«Lannion, 16 de mayo de 1950,

Brigitte,

Amor mío, mi «canción de exclusiva y viento», Brigitte de nombre encantado a quien no puedo olvidar, tú eres para mí como un espejo de Venecia de mil reflejos cambiantes...»

Reconocí mi prosa inflamada. Enrojecí violentamente. Esboqué un gesto hacia ella...

«¡Adiós, caballero!», dijo ella tendiéndome la mano.

Nos saludamos con cortesía. No la he vuelto a ver. La última vez que vi en este mundo al amor ardiente de mi juventud, ella contemplaba un plato de espinacas... Estaba feliz, sin duda alguna.

Y serena.

*

Ella simbolizó para mí en aquel momento la sabiduría zen.

Y es que el Zen sólo tiene sentido si da forma y significado a nuestros gestos más corrientes, si se une íntimamente a nuestras ocupaciones familiares. La paz interior es resultado de una vigilancia, de una toma de consciencia, de un Despertar, que nos permite alcanzar el *ku*, la vacuidad, la esencia verdadera de toda cosa. Para estar a cada instante lo más cerca posible del Infinito no hacen falta levitaciones

de novela, ni ardientes éxtasis. El Zen se marca el camino en la sabiduría deslumbrada de lo cotidiano.

*

*Oh maravilla,
Oh milagro,
Saco agua y traigo madera*

P'ang Yun³⁰

*

Una taza de té

Había una vez una joven de alta cuna, maravillosamente hermosa. Su padre, viudo, la educaba conforme a su categoría. Ella nunca abandonaba los jardines de palacio. Estudiaba dibujo, pintura, poesía, arte floral, y tocaba música, en lo cual destacaba. Tenía el corazón intocado y el alma sensible. A veces, sumida en sus sueños, se quedaba mirando desde el quicio de la ventana el río, que allá abajo bañaba las vastas tierras.

Como dice el poeta:

*[...] una dama, desde lo alto de su ventana
Rubia de ojos negros en sus antiguas ropas
Que, en otra existencia acaso,
Ya vi.. ¡y la recuerdo!³¹*

La heroína de este cuento no es una rubia dama de un castillo medieval, sino una princesa vietnamita de tiempos más antiguos. Las almas soñadoras, semejantes y distintas, son como rosas en el jardín.

Un atardecer de verano, My Nuong, acodada en su alta ventana, oyó un canto maravilloso, una voz de hombre amplia y fuerte y al mismo tiempo tan ajustada y armoniosa que su corazón quedó conmovido. Distinguió desde lejos a un barquero que manejaba su bichero en el río.

El canto le llegaba ahora tan puro, tan musical y deslumbrante, que se estremeció hasta los huesos. Día tras día, cuando caía la tarde, tomó la costumbre de escuchar la voz del pescador. Su corazón de buena muchacha se inflamó. Llegado el otoño, el pescador se fue. Entonces My Nuong se quedó en cama. Enflaquecía, perdía su belleza, se apagaba como una candela. Desesperado, su padre llamó a los médicos más renombrados del reino para que la visitaran. Todo en vano. La bella princesa se moría dulcemente. Un atardecer, al comienzo del invierno, la voz estaba de regreso. La muchacha, reuniendo las pocas fuerzas que le quedaban, se arrastró hasta la ventana. Allá estaba el pescador, recogiendo sus redes. My Nuong lo escuchó con embeleso. Regresó todos los días, y ella recuperó la salud, pero a finales de enero, la voz volvió a desaparecer. El pescador había partido para otras tierras.

Entonces My Nuong cayó enferma. Se negó a alimentarse. Ya no le interesaba la pintura, ni la poesía, ni el arte floral, ni siquiera la música, que tan bien se le daba. Su padre, a base de obstinación y de ruegos, le arrancó su secreto. Aquel señor amaba a su único retoño y acalló sus prejuicios. Ordenó que buscasen por todo el reino al pescador de la voz maravillosa. Dieron con él. Se llamaba Truong Chi. Era viejo y de una fealdad repulsiva. Tenía las manos destrozadas por el duro trabajo cotidiano, la espalda doblada, el rostro cubierto de arrugas y quemado por el sol; era casi deforme. Cuando My Nuong lo vio, quedó asustada. Su

amor se le apagó como una vela cuando la soplan. El canto le pareció menos apasionante. Recobró una vida normal, algo más triste, pero tranquila, apacible. El pescador, al cabo de poco, murió. Poco después, en el río, la gente del pueblo encontró una bola de jade que emitía un sonido purísimo cuando la tenía uno en las manos. Se la llevaron al señor. Éste mandó que la tallasen en forma de taza de té. Ofreció este regalo a su hija con ocasión de su decimoctavo cumpleaños. Una tarde, la princesa My Nuong estaba tomando un té y su alma soñadora volaba más allá de los muros de palacio, cuando le pareció percibir, en el fondo de su taza, la barca y el pescador. Creyó oír una voz de hombre, fuerte y generosa, y al mismo tiempo tan ajustada, tan armoniosa, que su corazón quedó cautivado. Entonces comprendió que lo que ella había amado no era al pescador, sino al infinito que buscaban sus sueños. Todo es música, cuando el corazón está listo.

*

Estas tres historias, dos personales y la tercera tomada del folclore vietnamita, dicen todas lo mismo: una verdad profunda y simple. El Zen no habita en las nubes. Se revela en nuestras ocupaciones corrientes, se descubre en lo cotidiano de nuestras vidas. En los bancos de la escuela, con un plato de espinacas o en el fondo de una taza de té.

Teresa de Cepeda y Ahumada, Santa Teresa de Jesús, una de las mayores místicas de todos los tiempos, decía a las religiosas del convento que había fundado:

«No esperéis la levitación, éxtasis ardientes, llantos de gozo, no esperéis apariciones, no busquéis signos en el cielo... hermanas mías, os lo aseguro, ¡encontraréis a Dios en el fondo de vuestros pucheros!»

Un joven novicio preguntó un día al gran maestro zen Chao Chu:

«Soy nuevo en el monasterio; dame un consejo, te lo ruego.

—¿Te has comido el arroz?

—Sí, me lo he comido.

—Entonces ve a lavarte el plato».

LOS «DICHOS» DEL MAESTRO RYOKAN (1757-1831)³²

He evocado ya la figura de Yamamoto Eizo, apodado Ryokan (el bueno, el magnánimo)³³. Siento por este monje un cariño singular. Hace pensar en San Francisco de Asís. Es inocente. Alto, delgado, de tez pálida, dulce y puro; sus gestos son lentos, amplios, fáciles. Cuando recita los sutras, su voz suena tan ajustada y clara que llega al «oído interior» de los que lo escuchan. Su rostro refleja una bondad y una paciencia infinitas. Sonríe en toda ocasión. Libre y contento... como todos los santos. Vive en una pobre cabaña hecha de ramas. Compone poemas. Comparte con su huésped la fina harina tostada de trigo mezclada con agua que constituía su comida habitual. A veces juega con los niños, o va a bailar a las fiestas del pueblo. Hubiera podido predicar con talento, pero se calla y pasa por tonto. Pero su presencia aporta algo a este mundo. Ryokan despierta la «naturaleza de Buddha» que permanece dormida en cada uno de nosotros.

Primer «dicho»

Una hermosa noche de verano, el maestro Ryokan se pasea por el campo, con la nariz en el aire y los ojos en las estrellas. Se detiene en un huerto para contemplar a gusto la

luna redonda. Su espíritu inocente y puro habita las «cuatro moradas divinas», que son, según la tradición budista:

La bondad cariñosa,
La compasión,
La alegría,
La ecuanimidad.

Pensativo, se sienta sin darse cuenta en medio de un campo de patatas. Y resulta que en ese preciso momento pasaba por allí el dueño del campo, hombre colérico y vindicativo que había sido víctima de repetidos robos. Ve un sujeto en la penumbra, medio acuclillado. Cegado por el furor, se precipita sobre él, bastón en alto:

«¡Te he pillado, canalla, ladrón! ¡Esta vez no te me escapas...!»

*

Introduzco aquí un paréntesis. Hace mucho tiempo, cuando estaba aprendiendo hatha yoga, me paseaba una hermosa tarde de verano por la campiña de los alrededores de Toulouse. Me detuve en un campo; caía la noche y el lugar estaba desierto. Empecé a ejecutar la «salutación al sol», que acababan de enseñarme aquel mismo día. Me concentré. Aquella postura yógica, difícil para un principiante, contiene un movimiento lento que se efectúa proyectando los brazos hacia delante e inclinándolos progresivamente hasta el suelo. En aquel mismo momento, acelera en dirección a mí un tractor petardeante. Bajo la indecisa claridad de la luna, vislumbro, encaramado sobre el asiento, a un campesino: boina, frente baja y cejas pobladas. Me apostrofa rudamente:

«¡Eh! ¿Qué haces ahí? ¡Tú!

— Bueno... —digo desconcertado— hago gimnasia.

—Sí, gimnasia... —repite desconfiado.

— Vamos... no exactamente; es hatha yoga.

—¿Me tomas el pelo, o qué?

—¡Qué va!», aseguro inquieto y sin saber cómo salir de aquel mal trago.

Me mira desde lo alto de su tractor, imponente, amenazante. De repente, masculla bastante alto:

«¡Ya sé yo lo que estás haciendo!

—¿Qué hago? —pregunto, asombrado por el giro absurdo que ha tomado nuestra conversación.

—¡¡Sí!! ¡Tu le estás echando un mal de ojo a mis vacas!»

Corté el diálogo y huí en mi coche, antes de que me quemaran por brujo...

Pero volvamos a Ryokan, a quien he dejado en su campo de patatas frente al propietario irascible.

*

¡«Te voy a hacer probar mi bastón, ladrón!»

Y la emprende a palos con el pobre Ryokan. Éste, estupefacto, no dice palabra, ni deja escapar queja alguna. En ese momento llega un vecino, casi sin aliento:

«¡Para, desgraciado, que le estás pegando al monje Ryokan!»

El propietario, que conoce la fama del santo monje, queda totalmente confundido. Se deshace en humildes excusas. Ryokan sonrío, y bajo la amable claridad de la luna, cuenta la leyenda que compuso este poema:

*Están los que pegan
Y los golpeados,
Y son semejantes:
Son gotas de rocío
Que se evaporan juntas
Al sol de la eternidad.*

Segundo «dicho»

Por aquella época, Ryokan vivía en el país de Tosa, en la gran isla de Shikoku, donde se encuentra el célebre templo de Entsu. El santo participaba en el trasplante del arroz en compañía de otros monjes. Y había uno de ellos que le tenía envidia a Ryokan:

«Soy un gran maestro de Zen —afirma—. Me llamo Chikai, ¡y voy a dar mucho que hablar! Y ese de ahí —añadía con desdén señalando a Ryokan— no es más que un pobre bobo que siempre sonrío sin saber ni por qué...»

Y resoplaba de desprecio.

Todos lo conocían y nadie respondía. Iba pasando la jornada, y el calor se hacía abrumador. Chikai bebía furtivamente alcohol de su cantimplora, y cada vez estaba más vindicativo. De repente, se echó sobre Ryokan y empezó a golpearlo brutalmente con su cinturón. Los monjes, primero asombrados, dominaron al borracho y condujeron al santo varón a una fresca sala del monasterio. Todo el día había estado amenazando una tormenta, y estalló en aquel momento seguida de una lluvia torrencial. Anunciaron al maestro que habían echado al monje loco. Ryokan callaba. Todos esperaban respetuosamente. Finalmente, murmuró con voz dulce:

«Espero que tuviese ropa de lluvia...»

Entre los papeles —notas, poemas— que recogieron tras la muerte de Ryokan, encontraron este fragmento, que acaso se refiere a aquel incidente:

«... deja que la gente lo empuje. Deja que la gente lo menosprecie o se ría de él. Pero todo eso no turba demasiado el fondo de su corazón.»

Tercer «dicho»

Un tal Manjo se cruza con el monje Ryokan hacia el año 1810...

«Estaba yo atravesando el país de Tosu. Un atardecer me sorprendió la lluvia. Busqué un refugio. Distinguí una cabaña de ermitaño, bastante miserable. Entré casi a mi pesar. Vi allí a un monje de unos cincuenta años, alto y delgado, pálido de tez. Me advirtió de que no tenía gran cosa para comer, y que se colaba el viento por las paredes. Pero no tenía otra opción. Me estiré junto al fogón abierto en el suelo. Por la mañana, comprobé que en aquella cabaña, una choza de ramas con techo de paja, no había muebles ni objeto alguno, simplemente una estatuilla de Buddha hecha de madera. Mi anfitrión no hacía zazen, ni recitaba sutras. Sonreía continuamente. Pensé que era un pobre simple. A media mañana, me ofreció polvo de trigo y agua caliente. Seguía lloviendo. Le rogué que me albergara un día más. Aceptó. No hablaba, escribía y sonreía. Vi que componía una especie de poemas en chino. La caligrafía era bastante bonita. Al llegar la noche, me dio el polvo de trigo mezclado con un poco de agua caliente. Pasamos otra noche junto al hogar. A la mañana siguiente, brillaba el sol. Para dar las gracias a mi anfitrión, quise corresponder con unas cuantas monedas. No las quiso. Pero sí aceptó unas *tazanakus*³⁴. Así fue como conocí, en tiempos de mi juventud, al célebre poeta y monje zen Ryokan.»

*Habito una cabaña de techo de paja
Llevo de continuo ropas de tela basta.
Hago siempre zazen, sin nunca decir nada
Dejo que todos me llamen: corto e idiota*

*

*¿Este poema, a quién he de recitarlo?
¿A qué hombre que haya despertado
En la vía búdica?³⁵*

*

Cuarto «dicho»

Una mañana, Ryokan estaba mendigando con el bol en la mano, cuando entró por casualidad en una casa en la que reinaba la discordia. El amo reprendía incesantemente a los criados, que a su vez mascullaban contra él. El marido y la mujer se pasaban el tiempo discutiendo. Los hijos provocaban a los padres, que los castigaban. En una palabra, la atmósfera era de amargura y odio. Ryokan, contraviniendo a sus costumbres, pidió hospitalidad. Le concedieron un rincón de suelo. Permaneció en aquella casa varios días.

No practicaba ostensiblemente el zazen, no hacía prédicas ni recitaba los sutras. Atizaba el fuego, o se ocupaba de alguna tarea. Estaba allí, sonriente, tranquilo. Vivía de acuerdo con la bondad, la dulzura y el amor. Y resultó que, poco a poco, el clima de la casa se fue transformando. El amo era más justo con los siervos, se reconciliaban los dos esposos. Los niños jugaban sin malicia. La amargura y la ira se esfumaban de los corazones, sin que nadie supiese exactamente por qué. Y aquella nueva situación persistió largo tiempo después de la marcha del santo monje.

*

Así era Ryokan. Su sola presencia era fuente de amor y alegría. De él emanaban «destellos de paz», cuenta un

contemporáneo. Así es como, llegado al último grado del Despertar, verdadero Bodddhisattva, el santo transmitió la «lámpara de la ley» de Buddha, ayudó a sus hermanos humanos, les mostró la «vía de la luz» y de la felicidad zen.

GONGJING EL CALVO

En aquella época, un gobernador de provincia llamado Gongjing sufría una desgracia que lo perturbaba más de lo razonable. Era calvo. Pero completamente calvo; su cabeza era un desierto, la llanura centroeuropea después de que pasara Atila. Un cráneo pulido, «como un diamante», según la afortunada expresión corriente en el Tíbet, país de poetas.

Una hermosa tarde de verano, Gongjing estaba sentado a la sombra de su terraza, tomando el fresco ante una jarra de buen vino, cuando vio en la calle a un barbero, a quien conocía por su fama: Agabunda. Este último se apresuraba, sin dirigirle al gobernador siquiera una mirada.

«¿Cómo te atreves, palurdo? —exclamó Gongjing— ¡Pasar ante mí sin saludarme, haciendo sonar insolentemente los cascabeles de tu caballo!

—¡Perdóname, señor —dijo Agabunda—, es que voy con mucha prisa porque me esperan en casa de un magistrado de la ciudad! ¡Hoy mismo sin falta tengo que plantarle unos pelos!

—¿Qué es eso de plantar pelos? —dijo Gongjing.

—¡Pues claro! ¿Es que no sabes —añadió Agabunda con un deje de impaciencia— que se plantan pelos igual que se plantan nabos? Es un trabajo muy bien pagado... Pero me están esperando y no quisiera...

—¡Eh, eh! —dijo Gongjing— ¡Que yo soy el gobernador de la provincia, y hay que servirme primero a mí! ¡Sube a la terraza, que vas a plantarme pelos!

—¡Pero señor! —gimió Agabunda— ¿Y qué va a decir el noble Ojida? Hará que me azoten...

—¡Deja de discutir y sube enseguida o hago que te detengan mis guardias!»

Agabunda adoptó aires de resignación, bajó de su carreta, ató su caballo y se encaramó a la terraza tras haberse provisto de un pesado bolso. Saludó al gobernador con una profunda reverencia, se sentó en un taburete e instaló las rodillas sobre una piel de cordero muy fina. Tomó luego un punzón, cuya punta examinó cuidadosamente, y finalmente empuñó un mechón de pelo de yak. Gongjing observaba todos estos preparativos con algo de inquietud:

«Hay de ti si no me plantas convenientemente los pelos —amenazó, por si acaso.

—Soy experto en la materia —aseguró Agabunda—. No te preocupes en absoluto; y ahora, pon por favor la cabeza sobre la piel de cordero pulida.»

El gobernador se resignó.

Agabunda, con gesto enérgico, tomó el punzón y perforó el lampiño cráneo del gobernador.

«¡Ayy! ¿Pero qué haces? —exclamó Gongjing.

—No te muevas, señor —dijo Agabunda—. ¿No te había dicho que para plantar nabos hay que abrir primero un agujero en la tierra?»

Tomó un buen mechón de pelos de yak y los metió con cuidado en el agujero que acababa de abrir en el cráneo. Los dispuso en un momento, con el ojo del artista. Cuando quedó satisfecho, volvió a tomar su punzón y empezó de nuevo.

«¡Ayy... Ayy... Ayy... —aullaba Gongjing.

—Para ya de moverte así —le regañaba Agabunda—. En estas condiciones, ¿cómo quieres que trabaje?»

El gobernador alzó un poco la cabeza y preguntó casi tímidamente:

«Oye, Agabunda, ¿cuántos agujeros me tienes que hacer para conseguir un peinado conveniente?»

—¡Um! —dijo Agabunda— No sé exactamente; tienes la cabeza grande... pongamos que... menos de cien.

—¡Cien agujeros! —exclamó Gongjing, horrorizado— ¡Pero no es posible, no sobreviviré!

—¡A ver, señor —dijo Agabunda en tono severo—, de verdad que me gustaría saber qué es lo que quieres! ¡Es que te comportas como un niño caprichoso! De aquellos a quienes he tenido el honor de servir, más de una cuarta parte han sobrevivido. A ver —dijo contando con los dedos—, sí... exacto, si cuento al pescatero, que se quedó sordo y ciego, pero eso fue un lamentable accidente, y...

—¡Basta! —protestó Gongjing incorporándose bruscamente— ¡Prefiero estar vivo a tener pelo!

—Como gustes, señor», dijo Agabunda haciendo una profunda reverencia.

Y se fue...

«Maestro, ¿por qué nos cuentas esta historia? —preguntó el más atrevido de los practicantes de Zen.

—No hay ninguno de vosotros que no me pregunte si conocerá el Despertar, si verá la Luz de Buddha. Pero ¿queréis realmente entrar en la *vía*? ¿Realmente queréis que os plante el zen en vuestras frívolas cabezas?», concluyó con voz terrible.

Los discípulos callaron

*

Porque toda espiritualidad auténtica exige que muramos a nosotros mismos, y el Zen, la felicidad zen en su plenitud, no se les es concede más que a aquellos que se despojan de toda ambición, de todo bien, como hizo el monje Ryokan.

DESPERTAR

El final del sueño de la ignorancia

El Despertar, o Satori, es la meta, la esperanza, la plena realización de la felicidad zen. Flechazo espiritual, revolución íntima, relámpago de comprensión que cambia los colores del mundo.

Un maestro zen escribió, aproximadamente:

«En el momento del Despertar, las bases del universo se derrumban. Todo cambia de sentido. Da la impresión de una montaña de hielo que se derrite. Deja de haber ciclo de renacimientos, deja de haber meta suprema que conseguir, desaparece toda estructura. ¡Qué maravilla, oh sí, qué maravilla! No queda otra cosa que la libertad y el gozo perfectos.»

Pero el Despertar exige generalmente un largo camino, una paciente maduración.

Es el fruto maduro que cae a merced de la brisa porque ha llegado el momento.

«El camino de los pájaros»

En la China, al largo camino que lleva a la iluminación, la «vía del Despertar», la llaman los textos antiguos el «camino de los pájaros». La imagen es hermosa y está cargada

de sentido. Porque conocer el Despertar es —por caminos inusuales que no dejan en el cielo más rastro que el volar de la golondrina— acceder a nuestra naturaleza original, volver a encontrar el nido.

*

He aquí la historia, verídica, de Nan-Ta-Kuang-Yun, maestro del Ch'an que vivió en tierras de China entre el 850 y el 938.

El Joven Nan-Ta fue ordenado monje por el sabio Yang-Shan, su maestro. Más tarde, decidió ir a seguir las enseñanzas del célebre Lin Tsi³⁶. Estuvo ausente largos años, mendigando por los caminos, rezando y meditando. Un día, regresó. Su maestro quiso saber si había alcanzado el Despertar, si había traspasado la «puerta sin puerta», si estaba liberado de las formas, si sabía, sin saber nada, «todas las respuestas a todas las preguntas»... Le preguntó de este modo:

« ¿Por qué vienes?

— ¡Vengo para saludarte y presentarte mis respetos, maestro!

— ¿Me ves?

— ¡No he perdido los ojos durante estos años, te veo, maestro!

— Entonces, dime, ¿encuentras que me parezco a un burro?

— ¡Encuentro que no te pareces a Buddha!

— ¿Y por qué no me parezco a Buddha?

— Si te parecieses a Buddha, ¿qué diferencia habría con un asno?»

Al oír esta respuesta, el anciano maestro abrió los brazos a su discípulo. Nan-Ta había accedido a la Realidad

profunda, en la que todas las formas son «una»; había pasado más allá de las apariencias. En adelante, vivía en la paz a la que nada turba, en la felicidad que no pasa. Había conocido el Despertar. Mendigando aquí y allá por los caminos, había seguido el camino de los pájaros.

Tokusan

Tokusan, maestro zen, era un erudito famoso. Había leído y podía recitar de memoria cientos de sutras. Ninguna dificultad espiritual lo desalentaba. Durante los *mondôs*, esos vivos intercambios, esas «disputas» rituales entre monjes, se mostraba sin rival. Pero, desgraciadamente, nunca había conocido el Satori, el perfecto gozo del Despertar.

Un día, oyó hablar de un maestro zen llamado Ryutan, que gozaba de tal prestigio y poseía tal carisma que sus discípulos le habían dado el sobrenombre de «dragón del lago». Decidió ir a conocerlo y medirse con él. Empezó el largo viaje al otro extremo del Japón. El maestro lo recibió con indiferencia, y le confió tareas subalternas. Tokusan, el famoso erudito, tenía que barrer el patio del templo, limpiar los corredores, ir por agua y cortar leña. Y así fueron pasando los días. Tokusan estaba que mordía. «¡Cómo a mí —decía— que soy un maestro zen reverenciado por todos, se me reduce al papel de un novicio! ¡Yo pensaba que iba a encontrarme aquí al “dragón del lago”! El lago sí lo veo, pero me pregunto dónde debe de estar el dragón...» Ryutan, a quien un monjecillo afanoso había contado estas palabras, hizo saber finalmente a Tokusan que aceptaba «disputar» un *mondô* con él.

Llegado el día, en presencia de los miembros más experimentados de la comunidad, comenzó el *mondô*.

Durante horas, fue un intercambio deslumbrante de preguntas y respuestas. Uno proponía un aforismo, y el otro lo refutaba en el acto. Ambos rivalizaban en agilidad intelectual, empleaban argumentos inéditos, y llovían las citas...

«¿Qué son las miríadas de mundos que componen el Universo? —preguntaba Tokusan.

—Para Buddha son tan solo semillas de frutos —respondía Ryutan.

— ¿Y el gran lago de la India? —insistía el erudito Tokusan.

— ¡Apenas una mancha de aceite! ¿Puedes decirme qué es el camino sagrado del Iluminado? —preguntaba a su vez Ryutan.

— ¡El reflejo de las flores en el ojo de aquel que las mira!», replicaba victoriosamente Tokusan.

Y las preguntas y respuestas se iban sucediendo sin que la cosa se decantase a un lado o al otro. Caía la noche, y decidieron interrumpir el mondô hasta la mañana siguiente. Tokusan salió el último, y como la noche era muy oscura, Ryutan le preparó un farolillo. Pero en el momento en que se lo tendía en el umbral, sopló deliberadamente la llama. Entonces Tokusan el erudito conoció el gozo perfecto, el deslumbramiento del despertar, que había estado esperando y buscando toda su vida.

El Despertar de la «gota de agua»

El Despertar hace surgir una luz en nosotros que permanecía oculta. El relato del Despertar de la «gota de agua» es ejemplar por su feliz limpidez.

Tien-Tai Te-Shao, que nació en la China en 891 y murió en 972, era en 948 un monje de edad madura. Había co-

nocido a muchos maestros de Zen (cincuenta y cuatro exactamente, según la leyenda). Había practicado los mon-dôs tantas veces que ya no creía en el juego de preguntas y respuestas, y ya no esperaba nada. Aquel día, llegó a casa del maestro Fa-Yen Wen³⁷. Se mezcló con la multitud de los discípulos. Fa-Yen estaba sobre un estrado. Estaba enseñando. Tras un diálogo particularmente intenso, un monje preguntó:

«Maestro, dinos qué es una gota de agua de la fuente de Tsao-Chi.

—Es una gota de agua de la fuente de Tsao-Chi», respondió el maestro.

En aquel momento, Tien-Tai, el hastiado, sintió que se le derretía el corazón. Se echó a llorar. Había conocido el despertar. Deslumbrado y transformado, se confió a Fa-Yen. Éste confirmó la autenticidad del Satori. Tien-Tai, que tenía entonces cincuenta y siete años, fue nombrado maestro nacional para enseñar al joven emperador Chung-Han-Huang. Permaneció en la corte hasta su muerte, en el año 972. Tenía ochenta y un años. Tien-Tai fue luz y fuente de luz.

EN EL CAMINO

En el camino que lleva a Edo³⁸, se encuentran dos monjes zen. Cráneos afeitados, ropas azafrán, sandalias en los pies, el bol en una mano y el bastón en la otra:

«¿Pero eres tú, Toshibu?

—¡Urishima, hermano mío!»

Los dos monjes se abrazan, se estrechan y se contemplan con gran amistad y ternura.

«¿Te acuerdas de nuestros años de noviciado?

—Hace veinte años, aquel *sesshin*³⁹, en el curso del cual estuvimos reflexionando tanto en aquel koán que dice: “¿Qué es la naturaleza de Buddha? El ciprés en el patio.”

—Sí, Tishibu, cuántas y cuántas vueltas le dimos a esa frase en nuestras cabezas...

— ¡Consideramos todas las posibilidades, nos perdíamos en razonamientos sutiles!

— A veces hasta el amanecer...

—Y ahora ese koán nos parece tan fácil...

— ¡Sí, tan fácil, y nos reímos al pensar en ello!»

En el camino que lleva a Edo, un atardecer lluvioso de otoño, se puede ver a dos monjes zen de edad honorable, que ríen con toda el alma: ja, ja, ja...

NO HE DICHO NADA

*Alzado el vuelo la luciérnaga
Me ha quedado el viento
En la mano*

Issa (1763-1827)

El maestro Zen Vô Ngôn Thông⁴⁰ estaba muriendo. Sus discípulos le suplicaban: «¡Déjanos un mensaje que nos permita acceder a la suprema dicha del Despertar!» Pero el lenguaje es fuente de errores, y corre el riesgo de conducir a la conceptualización, al apego por una fórmula. Habría que transmitir una frase que no fuese ni aceptada ni rechazada, ni entendida ni no entendida, sino superada; decir y no decir, de forma que el discípulo escuche pero las palabras se borren enseguida, como el rocío en el viento del amanecer, para que todos vean directamente en su propia naturaleza... Eso pensaba Vô Ngôn Thông, que iba a morir...

Los discípulos insistían:

«Maestro, ¿cómo conoceremos la dicha zen?

—¡No me preguntéis más; no tengo nada que decir!»

Y añadió:

«¡No he dicho nada!»

NOTAS

1. Haiku de Issa, traducción de Philippe Jaccottet, *Haiku*, Fata Morgana, 1996.

2. «En el atardecer de vuestras vidas, seréis juzgados sobre el amor», escribe en eco San Juan de la Cruz (*Poésies suivies de Avis et Maximes*, Seuil, 1947, p. 110).

3. Pascal, *Pensées* (notas publicadas en 1670). Ed. Victor Giraud, Librairie Rombaldi, 1943.

4. Sacha Guitry, *Pensées, maximes et anecdotes*, Le Cherche-Midi Éditeur, 1985.

5. *Koan*: enigma que se da a un discípulo para que lo resuelva y eso lo ayude a «despertar», a comprender directamente la profundidad del Zen. Existen célebres compilaciones de koanes, entre otras el *Mumonkan* (La puerta sin puerta) y el *Hekiganroku* (Compendio del acantilado azul).

6. El preste Juan: soberano legendario aparecido hacia 1145, cuyo reino se supone que se encontraba situado más allá de Armenia y Persia.

7. Tomás Moro (1478-1535): embajador y tesorero del Exchequer. Consejero y primer ministro del rey Enrique III de Inglaterra, del que se alejó por fidelidad a la Iglesia de Roma. Encarcelado en 1535 y ejecutado. Los detalles de la isla Utopía deben mucho a su amigo Erasmo (1469-

1536), gran figura europea y humanista, consejero de Carlos Quinto y del papa Julio II.

8. François Rabelais (1494-1553): su vigorosa obra es una ágil, alegre y profunda sátira de las costumbres de su tiempo.

9. La Biblia, Mt V, 3-16, traducción ecuménica *Biblia de Jerusalén*.

10. Lc XII, 20.

11. Arnaud Desjardins, *À la recherche du soi*, La Table Ronde, 1977.

12. Saint-John Perse, «Chronique», *Éloges, Vents, Amers, Chroniques*. Gallimard, p. 724-725.

13. *Atma* o *Atman*: palabra sánscrita que designa lo Absoluto, el Infinito, lo Ilimitado, lo Eterno, la Realidad única.

14. Tenzin Gyatso, Sa Sainteté le XVI^e dalai-lama, *La Puissance de la compassion*, Presses de la Renaissance, 1995.

15. Montaigne, *Les Essais*, livre III, chapitre IX, in *Œuvres complètes*, Gallimard, coll. «Bibliothèque de la Pléiade», 1962, 960.

16. Boileau, *L'Art poétique* (1674), en *Œuvres complètes*, Gallimard, coll. «Bibliothèque de la Pléiade», 1966.

17. Mallarmé, en *Œuvres complètes*, Gallimard, coll. «Bibliothèque de la Pléiade», 1945.

18. Broc se pronuncia Brok.

19. Bodhisattva: un ser que renuncia momentáneamente al Nirvana para ayudar a todos los seres que sufren en el camino de la liberación. Llamado a menudo «el héroe del Despertar», un hombre que ha atravesado la «puerta sin puerta» y acepta permanecer entre los hombres por compasión.

20. El Maestro Eckhart (1260-1327), citado por D.T. Suzuki en *Les Chemins du Zen*, traducción francesa de Vincent Bardet, Albin Michel, 1995, p. 196.

21. Philippe Jaccottet, *op. cit.*
22. Rabelais, *Gargantua* (1534), cap. XXI. Jacques Almain era un doctor escolástico en la Sorbona. Broma de estudiantes que se divertían confundiendo el nombre de su profesor y «à la main». El «peigne de Almain» equivalía a peinarse con los dedos. En *Œuvres complètes*, Gallimard, coll. «Bibliothèque de la Pléiade», 1978, p. 62.
23. Litorina: gasterópodo de concha gruesa, de color verde oscuro.
24. En el Tíbet, el té se toma con mantequilla disuelta en él. Con esa mezcla se diluye la tsampa (N. del Trad.).
25. La armadura de un elefante de guerra está constituida de unas ocho mil placas de metal, encabalgadas, unidas por eslabones y cosidas sobre un soporte tejido. Peso total: 150 Kg.
26. En la India antigua, uno de los más grandes reyes tuvo tres hijos: Pandu, Dhritarashtra y Vidura. A los cinco hijos del mayor los llamaban *Pandavas* («Pandavies»).
27. *Dyana*: nombre sánscrito de la escuela fundada por Boddhidharma. La traducción china es: *Ch'an*, de donde viene *Zen* en japonés.
28. D.T. Suzuki, *Les Chemins du Zen*, *op. cit.*, p. 76.
29. Alain (1868-1951): filósofo y ensayista francés. *Propos sur l'éducation*, Presses Universitaires de France. 1956, p. 96-97.
30. Citado por Alan Watts en *L'Esprit du Zen*, traducción francesa de Marie-Béatrice Jehl, Dangles, 1976, p. 49.
31. Gérard de Nerval, *Fantaisie*, en *Les Plus Belles Pages de la poésie française*, Sélection du Reader's Digest, 1982, p. 410.
32. Dichos: poemas, aforismos, piezas menores, historietas de carácter moral o religioso.
33. Henri Brunel, *Los mejores cuentos Zen I*, José J. de Olañeta, Editor, 2003, pp. 45-48.

34. *Tanazaku*: hojas de papel rectangulares, coloreadas o no, destinadas a la caligrafía.

35. Extractos de los poemas de Ryokan.

36. Lin-Tsi: uno de los maestros más queridos y admirados de toda la historia del Ch'an. Pero murió el año 866. Parece más verosímil que Nan-Ta haya conocido a uno de sus sucesores.

37. Fa-Yen (885-958), frailecillo a los siete años, monje a los diecinueve, Fa-Yen, partió hacia el sur para estudiar el Ch'an. Obtuvo el Despertar junto al maestro Lo-Han un día de nieve, en compañía de sus dos amigos: Ching-Chi y Lung-Tsi.

38. Edo: literalmente «puerta de la Bahía», nombre antiguo de la ciudad de Tokio, utilizado entre 1180 y 1868.

39. *Sesshin*: retiro zen, generalmente de una semana.

40. Vô Ngôn Thông (siglo IX): fundador, en el Vietnam, de la escuela que lleva su nombre. Vô Ngôn Thông significa «Comunión sin palabras».

ÍNDICE

ADVERTENCIA	7
CUANDO EL ZEN ENTRÓ EN MI VIDA	9
<i>El sapo verde</i>	13
<i>Palabras de amor</i>	14
EL SABOR DE LA FELICIDAD	16
<i>La primera llamada</i>	16
<i>La felicidad es algo que uno mismo decide</i>	17
<i>La leyenda de Sariputara</i>	17
<i>Basta cambiar la mirada</i>	18
LA FELICIDAD CON LOS COLORES DEL ZEN	22
VIVIR CON GRACIA	27
<i>Sacar del agua la luna</i>	29
LA COMPASIÓN	34
<i>El toro y los cien carros de piedras</i>	34
<i>La pareja de ancianos y las ardillas</i>	37
LA DESENVOLTURA	39
<i>Los dos monjes y la muchacha</i>	39
<i>El monje que quería morir de pie</i>	40
LA GRANDEZA DEL HOMBRE	42
<i>El ministro del rey</i>	43
LA PALABRA JUSTA	47
<i>El hombre importante que se hizo anacoreta</i>	50
EL PAÍS DE LA «OTRA ORILLA».	52
<i>La joven reina que no amaba al rey</i>	52

EL ZEN ES UN CAMINO QUE VA...	55
<i>El comerciante de seda</i>	55
LA TSAMPA	61
LA PRINCESA Y EL MENDIGO	64
EL HUMILDE MONJE	71
LA GRAN BATALLA	73
SABOR ZEN	77
<i>El hermano mayor</i>	77
EL ZEN DE TODOS LOS DÍAS	79
<i>En la escuela</i>	79
<i>El plato de espinacas</i>	81
<i>Una taza de té</i>	85
LOS «DICHOS» DEL MAESTRO RYOKAN (1757-1831)	89
<i>Primer «dicho»</i>	89
<i>Segundo «dicho»</i>	92
<i>Tercer «dicho»</i>	93
<i>Cuarto «dicho»</i>	94
GONGJING EL CALVO	96
DESPERTAR	100
<i>El final del sueño de la ignorancia</i>	100
<i>«El camino de los pájaros»</i>	100
<i>Tokusan</i>	102
<i>El Despertar de la «gota de agua»</i>	103
EN EL CAMINO	105
NO HE DICHO NADA	106
NOTAS	107